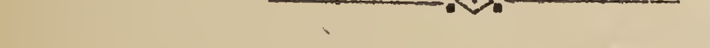
EL PRIMO TEODORO

EL PRIMO TEODORO

POR

JUAN B. ENSEÑAT



COMEDIA EN 3 ACTOS Y EN PROSA

Estrenada con gran éxito en el Teatro Poliorama de Barcelona, la noche del 11 de Noviembre de 1916, por la compañía de D. Mariano de Larra y D. José López Alonso



BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y gran premio en la de Buenos Aires 1910
Calle de Mallorca, 166

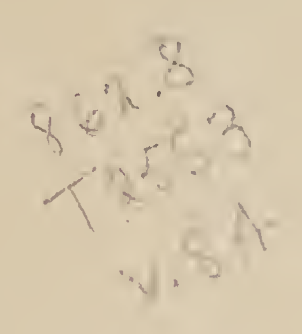
BUENOS AIRES, Maucci Hermanos, Sarmiento, 1057 al 1065

AL EMINENTE PRIMER ACTOR CÓMICO

DON MARIANO DE LARRA

ESTE JUGUETE NO TIENE MÁS VALOR QUE EL QUE USTED LE HA DADO. ACÉPTELO COMO DÉBIL PRUEBA DE LA AMISTAD QUE LE PROFESA,

EL AUTOR

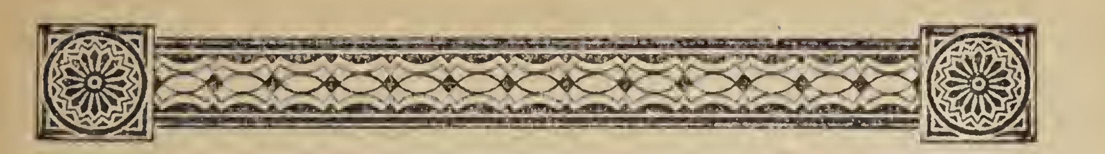


Personajes

Clementina	*María Hurtado*
Paulina	*Pura Mareca*
Fanny	*Teresa Gay*
Teresa	*Rosa Prunell*
Carolina	*Celia Barrios*
Pepita	*Carmen Calvo*
El Sr. Timoneda	*Mariano de Larra*
El Notario	*Antonio Gimbernat*
Cascales	*Ignacio Meseguer*
El Inspector	*José López-Alonso*
El Sr. Ayuso	*Carlos Delhom*
Paco	*Joaquín Parreño*
Ernesto	*José Sánchez*
Teodoro Bolaños	*Gonzalo de Córdoba*
Fernández	*Mariano Guillén*
Guardia 1.º	*Luis Camarero*
Guardia 2.º	*Enrique Pasos*

La acción, en una capital de provincia, de segundo orden, y en primavera. Los actos 1.º y 2.º es de día: el 3.º de noche.

Derecha e izquierda, del actor.



ACTO PRIMERO

Despacho modesto, que sirve de sala de redacción de la revista, *El Apostolado del buen ejemplo,* en casa de Timoneda. Mobiliario adecuado. Mesa escritorio a la izquierda, primer término, y otra, en primer término derecha: ambas con legajos, libros, etc., etc. Colecciones de periódicos y revistas, colgados de la pared. Cuadros y estampas de asuntos religiosos o morales. Un armario que contiene libros.

ESCENA I

TIMONEDA y PAULINA, sentados, él a la izquierda y ella a la derecha de la mesa, de la izquierda, dando cuenta de la correspondencia del día. Después, CAROLINA.

Paulina.—Tres suscripciones de Avila.
Timoneda.—¿Directas o por conducto del corresponsal?
Paulina.—Directas.
Timoneda.—¡Muy bien!
Paulina.—Una carta, del cura párroco de Villavuelta.
Timoneda.—¿Qué dice el padre Gimeno?

Paulina.—Felicita al «Apostolado del buen ejemplo», por su cruzada contra los furiosos embates de la corrupción que infesta la admósfera del siglo XX, y se ofrece en todo y para todo, al «benemérito» director de tan edificante revista.

Timoneda.—Le contestarás que procure hacer suscripciones.

Paulina.—(abriendo otra carta). Un artículo de Giménez-Doria.

Timoneda.—¿Sobre qué?

Paulina.—Sobre la misión moral de la mujer en la sociedad.

Timoneda.—El asunto es de interés; pero Giménez-Doria es de los que quieren cobrar sus artículos.

Paulina.—También es de los que más gustan a los lectores.

Timoneda.—¿El artículo es largo?

Paulina.—(después de mirar la foliación). Veintitrés cuartillas... bastante compactas.

Timoneda.—Entonces se le abonarán cinco pesetas.

Paulina.—¡Pero papá!...

Carolina.—(por el foro.) ¿Don Eduardo?

Timoneda.—¿Qué hay?

Carolina.—El señor cura del primer piso, desea hablar con usté...

Timoneda.—¿El arcipreste? (¿A qué vendrá?...) Que pase.

Carolina.—Espera en la sala.

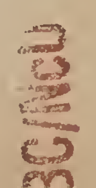
Timoneda.—Voy en seguida.

(Carolina se va por el foro derecha.)

Paulina; cuando hayas concluído con la correspondencia, revisa estas pruebas.

Paulina.—¡Está bien, papá!

(Timoneda se va por el fondo derecha.)



ESCENA II

PAULINA; luego, CLEMENTINA

(Paulina lee un momento y se queda después pensativa, con las manos sobre los papeles. Breve pausa. Entra doña Clementina por la 2.ª derecha, observa a Paulina, que no la ha oído entrar, menea la cabeza y dice aparte.)

Clementina.—¡Otra vez pensativa! ¡A esta muchacha le pasa algo!

Paulina.—¡Ay, Esnesto de mi alma! (suspirando y en la creencia de que está sola.)

Clementina.—(sorprendida.) (¿Ernesto?) (con severidad.) ¿Qué significa ese suspiro? ¿Quién es ese Ernesto?

Paulina.—Mamá... (Temerosa.)

Clementina.—Vamos... hija... sé franca conmigo: ¿quién es Ernesto?

Paulina.—Mamá... ¡Es un joven, formal, simpático, inteligente!...

Clementina.—(Con ironía.) ¡Por supuesto! ¿Y cómo se llama?

Paulina.—(Extrañada.) ¡Pero si tú misma acabas de decirlo!... ¡Ernesto!

Clementina.—Te pregunto cuál es su apellido... si lo tiene!

Paulina.—¡Qué cosas dices!... ¡Pues no lo ha de tener? Se llama Ernesto Ayuso y Ruíz. Es de muy buena familia; hijo de un ex-cónsul; este año ha concluído la carrera de abogado y acaba de abrir bufete, con muy buenos auspicios, según dice. ¡Habla muy bien!

Clementina.—Se supone; siendo abogado, no le faltará labia... pero eso no basta; de modo, que dale a entender a ese abogadillo tan simpático, tan inteligente y tan hablador, que yo no consiento semejantes relaciones.

Paulina.—Pero mamá... ¿cómo quieres que sea yo capaz de darle semejante disgusto, cuando sé que hoy, precisamente, vendrá a pediros formalmente mi mano?

Clementina.—¿Tu mano? Sin haberos tratado... sin...

Paulina.—No, mamá; si tenemos relaciones desde hace cuatro meses: pero como ya sabes que yo no soy de esas muchachas que les gusta tontear y que se hacen ilusiones... sin motivo, no he querido deciros nada, hasta convencerme de que era cosa completamente formal.

Clementina.—Bien, bien; eso ya es distinto. (Siéntase con júbilo al lado de Paulina.) Yo creí que sólo se trataba de un pasatiempo...

Paulina.—No, mamá. ¡Si ya ha escrito a su padre, enterándole de nuestras relaciones y todo! Y... ahora, ¿estás todavía enfadada?

Clementina.—¿Enfadada? ¡No... tontuela! Yo también he sido joven, y he amado... y vamos a ver; dime: (con curiosidad) ¿dónde os habéis conocido?

Paulina.—En la Academia de música.

Clementina.—¿Vés como la música es la cosa más útil del mundo para las muchachas? ¡Siempre te lo he dicho!

Paulina.—¿De modo que consientes?... ¡qué alegría!

Clementina.—En principio, toda madre cuerda, que tiene hijas casaderas, debe ser partidaria del matrimonio. Pero falta que tu padre otorgue su consentimiento.

Paulina.—¡Si papá hace siempre lo que tú quieres!

Clementina.—(sonriendo.) ¡No, hija mía!... Estás en un error... Tu padre, hacía siempre lo que yo quería antes, cuando nuestro matrimonio era un cielo sin nubes; pero, hija, desde hace tiempo, tu señor papá es otro; está hecho un basilisco... ¡gruñe por todo!...

Paulina.—¡Sí; desde que han abierto aquí abajo ese «Edén-Teatro», ese salón de «varietés», que tantos berrinches le cuesta!

ESCENA III

Dichas y TIMONEDA, que entra furioso por foro derecha

Timoneda.—¡Vaya! ¡Esto era lo único que nos faltaba! ¡Clementina; desde mañana, suprimirás la gallina del puchero, los postres y el café!

Clementina.—¡Pero Eduardo! ¿Quieres matarnos de hambre? ¿Qué ocurre?

(Timoneda se pasea agitado.)

Timoneda.—¿Qué quieres que ocurra, mujer? ¡Como si no bastase el tener desalquilado el segundo piso desde que se abrió el «Edén», ahora se nos va el arcipreste del principal!

Clementina.—¡Pero hombre! Toma las cosas con más calma. Ya vendrán otros in-

quilinos... Ese piso es muy cómodo, y nunca le hemos tenido mucho tiempo sin alquilar.

Timoneda.—Pero, ¿cuándo nos deparará la fortuna otro inquilino formal y tranquilo como el arcipreste?

Clementina.—Es verdad; ¿y por qué se va?

Timoneda.—¿Me lo preguntas? Se va a causa de ese maldito «Edén». Dice que las batahola que ahí se arman tarde y noche, le distraen del rezo y no le dejan dormir. Lo mismo me pasa a mí y me aguanto!

Paulina.—¡Si tú no rezas nunca, papá!

Timoneda.—¡Pero trabajo... y duermo!

Clementina.—(Con malicia y encogiéndose de hombros.) ¡Trabajas!... ¡Pero no con la cabeza!

Timoneda.—¿Que no? ¿Pues quién hace la revista?

Clementina.—¡Las tijeras! Los recortes de otros periódicos.

Timoneda.—¡Lo cierto es que ese «music-hall» es inaguantable, odioso! Por su causa ha desaparecido la tranquilidad del barrio... y la nota más pintoresca de esta parte del río, que era la cascada.

Clementina.—Tienes razón. Yo no puedo consolarme de que la hayan suprimido.

Timoneda.—¿Y para qué? Para hacer girar por la fuerza del agua canalizada, las grandes aspas de ese molino verde, que sirve de cínica muestra al establecimiento. ¡Verde!... ¡Como todo lo que ahí se canta!

Paulina.—No todo, papá... Al fin y al cabo, el concierto, en las noches de invierno, nos distrae... nos alegra...

Timoneda.—¡Y nos arruina! Y si no fuese más que el concierto, menos mal... pero los escándalos que se arman en el «restaurant» después de la función, no hay quien los soporte. ¡Va a quedar nuestra casa sin un inquilino!...

Clementina.—¡Ya se irán acostumbrando, como me he acostumbrado yo!

Timoneda.—¡Porque a ti te gusta la gresca!

Clementina.—(ofendida.) ¡Eduardo!...

Paulina.—A mí me han dicho que en ese Salón, hay también «coupletistas» muy finas y muy graciosas, y muy...

Timoneda.—¡Muy desvergonzadas!

Paulina.—¡Pues desde aquí, se oyen cosas muy bonitas!...

Timoneda.—¡Pero, muchacha, si no cantan más que indecencias!... Y si el repertorio al menos fuese variado!... Pero nunca he visto machaquería igual. Hace un siglo, que no oigo cantar más que «lo del morrongo...» y el «Tápame, tápame, tápame»... ¡Eso es lo que debían hacer: taparse un poco más! ¡Y taparnos nosotros los oídos! ¡No puedo! ¡No puedo!... Me ataca a los nervios, me pone fuera de mí... me exaspera de tal modo, que si me encontrase a solas con el empresario, o con el director, o con las «coupletistas»...

Clementina.—Puede que se te pasara el malhumor.

Timoneda.—¡No, señora! ¡La emprendería a bofetadas con todos ellos!

Clementina.—Con ellos, puede; pero con ellas...

Paulina.—Papá; pues yo creo que ese empresario y ese director pueden ser, co-

mo otros muchos, dos caballeros muy decentes...

Clementina.—Y muy dignos...

Timoneda.—¡Muy dignos... de ir a la cárcel! No lo dudes. El hombre que explota el escándalo y la corrupción de costumbres, no puede ser un hombre digno. ¡Ese modo de sacarle el dinero al públcio, es una inmoralidad intolerable!

Clementina.—Tú siempre lo exageras todo.

Timoneda.—¡La prueba de que ese empresario es un sinvergüenza, es que oculta su nombre... que nadie sabe quién es!... Si yo lo supiera... ya vería él...

ESCENA IV

Dichos y FANNY, abatida y llorosa, por el fondo, con un loro en una jaula y una maletita de viaje

Fanny.—¡Buenos días, papá, mamá, Paulina!
(Clementina toma la maletita.)

Clementina.—Pero hija...

Timoneda.—¿A dónde vas con esa impedimenta? ¡Y llorando!

Paulina.—¡Y sola!

Timoneda.—¿Qué ocurre?

Paulina.—¿Por qué lloras?...

Clementina.—¿Y tu marido?

Fanny.—(llorando y abrazando a su padre.) ¡Ay, papá!...

Timoneda.—¡Desavenencia conyugal tenemos!... El primer conflicto, ¿eh?... Llévate esta víctima inocente, Paulina. (Dándole la jaula.)

Clementina.—¡Fanny! ¡hija mía!
Fanny.—(abrazando a su madre.) ¡Ay, mamá!
Timoneda.—Vaya... sepamos...
(en este momento vuelve Paulina.)
Fanny.—Mi marido...
Clementina.—Paulina; hoy no has hecho los ejercicios al piano, y mañana es día de lección... anda, hija; vete.
Paulina.— (yéndose por la derecha refunfuñando, primer término.) (Siempre que se trata de algo interesante, me mandan a estudiar.)
Clementina.—Vamos; desahoga tu corazón, hija mía. Ya sospecho quién tiene la culpa.
Timoneda.—(Irónicamente.) Naturalmente; la culpa la tiene siempre el marido; ¿no?
Fanny.—¡Ay, papá! ¡Ay, mamá! ¿Me permitiréis que me quede a vivir otra vez con vosotros?
Clementina.—(atónita.) ¡Cómo? ¿Medio año escaso, después de tu matrimonio?...
Timoneda.—A ver; dime... qué infamia... (irónico.) ¿Qué horrores ha cometido tu esposo?... ¿Fuma demasiado? ¿Sueña alto? ¿Ronca? ¿Se afeita solo?
Clementina.—(llevándola aparte.) (¿Le hace el amor a la criada?)
Fanny.—No, no; nada de eso.
Clementina.—¿Entonces?...
Fanny.—¡Figuráos que lleva ya más de un mes, saliendo de casa, solo, cuatro noches por semana, lo menos!
Clementina.—Pero hija, eso...
Timoneda.—Ya decía yo... (irónicamente.) ¡¡Horrendo crimen!! ¡Ja! ¡ja!...
Fanny.—¿Y sabéis a dónde va?... ¡¡Ahí al lado; a ese maldito Molino Verde!!

Timoneda.—¿Qué? (furioso.) ¡Cómo! ¿Mi yerno frecuenta ese burdel? ¡Es el colmo!

Fanny.—Sí, papá, sí; ¡y es necesario echarle en cara su conducta!... ¡Hacerle entender, que si no cambia de vida, yo no vuelvo a vivir con él!

Clementina.—¡Bah, bah, bah!

Timoneda.—Pierde cuidado. Déjalo por mi cuenta... ¡Qué atrocidad! ¿Mi yerno protegiendo esa empresa de inmoralidad que es mi pesadilla?... ¡que me está arruinando! ¿Y para eso abandona a su esposa en la soledad y en la tristeza?

Fanny.—Sí, papá, sí. ¡Eso es!... Y ya comprenderéis...

Timoneda.—Yo me entenderé con él. Ya verás...

Clementina.—Es posible que la cosa no sea tan grave como suponéis. Después de todo, ¿qué ha hecho allí que pueda ofenderte? Qué falta...

Timoneda.—¡Falta a sus deberes conyugales para encenagarse en ese centro de corrupción! ¿Te parece poco?

ESCENA V

TIMONEDA, CLEMENTINA, FANNY y CASCALES precipitadamente por el foro, derecha.

Cascales.—¿Está aquí mi mujer?

Timoneda.—(secamente.) Sí, señor.

Cascales.—Pero... vamos... (viendo a Fanny.) ¡Fanny! ¿Qué significa esto? ¿Huyes de mi casa, dejando este papel?... Oigan uste-

des: (leyendo.) «¡Adiós, para siempre!» «¡Me vuelvo a casa de mis papás!» Explícame... esta chiquillada...

Fanny.—(friamente.) Entiéndete con papá.

Cascales.—Pero hija... hace un año, me dijiste, con otra cara y en otro tono... «Entiéndete con mamá», y ahora...

Timoneda.—Entonces, no le conocíamos a usted tan bien como ahora.

Cascales.—Bueno; pues explíquese usted, papá; por qué...

Timoneda.—Deje ese tono familiar, que no le ha de servir para nada.

Cascales.—¿Pero qué diablos ocurre? ¡Hable usted, para que al menos, pueda yo defenderme!

Timoneda.—Por de pronto... ¿Va usted a negar que frecuenta el «Edén-Teatro?

Cascales.—(Soltando una sonora carcajada.) ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¿Y eso es todo?

Timoneda.—(furioso.) ¿Acaso no es bastante?

Fanny.—¿Y aun tiene el cinismo de reirse?

Clementina.—Ten un poco de consideración. ¿No ves cómo llora la pobrecita?

Cascales.—(por Fanny.) ¿Y no ve también ella el disgusto que me ha dado? Pero mi querido suegro, usted que es en todo un hombre tan razonable y que lo demostró dándome a su hija por esposa, ¿cómo, en lugar de calmarla, aconsejándola cordura y sensatez, me recrimina usted y me suelta la filípica H... sólo porque voy con frecuencia al «Edén»? ¿Qué delito hay en ello?

Timoneda.—¿Quiere usted que me alegre, por añadidura? ¿No sabe usted que ese es-

tablecimiento es mi pesadilla? ¿Que del disgusto y los quebrantos que me ocasiona he disminuído en peso seis kilos en tres semanas? ¿Que ese espectáculo es capaz de pervertir al hombre más digno, más moral y más...

Cascales.—Y voy acaso yo, a ese establecimiento expresamente para pervertirme, ni para...

Fanny.—¡Vas para divertirte!

Cascales.—Tampoco. Ya te lo he dicho... voy con el único objeto de ensanchar mi negocio, de vender mis vinos y mis licores, lo cual no es ninguna diversión. El cafétero es cliente mío y se paga mucho de que yo vaya allí a menudo con mis amigos. La vida del negocio es así; y Fanny no quiere comprenderlo.

Timoneda.—¡Y tiene razón, porque esa clase de establecimientos estragan el gusto!...

Cascales.—Pues yo opino que lo refinan; porque el beber «Champagne» no es de gustos estragados.

Timoneda.—Digo, que estragan el gusto, en el sentido moral. Esos establecimientos relajan las costumbres; son focos de inmoralidad; son semilleros de libertinaje, son...

Clementina.—¡Y si al menos llevase a su mujer consigo!

Timoneda.—¡No faltaría más!

Cascales.—¿Y por qué no? Después de todo, yendo con su marido... ¿Cree usted que no van a esos sitios personas decentes?

Timoneda.—¡Le habrán exhibido a usted certificado de buena conducta!

Cascales.—El caso es que se divierten sin hacer daño a nadie... como se divertiría usted mismo, si fuese...

Timoneda.—¡¡Yo!! ¿Pero está usted loco?

Cascales.—¡Ah, si oyese usted cantar a la bella «Chorlito» el «couplet» del «Morrongo», o el de... «Tápame, tápame, tápame...»

Timoneda.—¡Basta! ¡Silencio!

(mientras canta Cascales, Timoneda gesticula para que calle, diciéndole:)

¡Estoy harto de oirlos!... ¡¡Esa música me crispa los nervios!!

(váse por la izquierda.)

Cascales.—¡Pero hombre!... ¿Ve usted, mamá? Vaya, Fanny, esposa mía... sé razonable! ¿Crees tú que un equilibrista pueda relajar mis costumbres? ¿Que una pareja de perros amaestrados puede hacerme quebrantar la fidelidad conyugal? ¿Que unos «couplets» cantados con más o menos afinación pueden amenguar el amor de tu marido? Mírame; depón ese ceño adusto... tú que tan graciosa y tan bonita estás cuando sonríes...

Fanny.— (dudando.) Gracias; pero...

Cascales.—Ten confianza en tu marido, y...

Clementina.—Vaya, Fanny; haz la vista gorda. Es la mejor manera de ser feliz en el matrimonio.

Cascales.—Vamos... Fanny... (Cariñoso.)

ESCENA VI

CLEMENTINA, FANNY, CASCALES y CAROLINA, por el foro.

Carolina.—¡Señora! (a Clementina.) Un caballero pregunta por usted. (bajo.) Creo que es el pretendiente de la señorita Paulina. Aquí está su tarjeta. (dándosela.)

Clementina.—(leyendo. Aparte.) («Ernesto Ayuso, Abogado») El; y yo aún de «matinée».

Fanny.—Dile que no estás visible; que vuelva más tarde...

Clementina.—¿Y si se resintiera y no volviese? ¿Te figuras que a cada paso se encuentran candidatos al matrimonio?

Cascales.—¿Pero el asunto va ya tan adelantado?

Clementina.—¡Como que viene a pedir su mano!

Fanny.—¿Y cómo se llama?

Clementina.—Ernesto Ayuso.

Cascales.—¿Ernesto Ayuso? ¡Excelente chico! ¡Desde luego le acepto por cuñado!

Clementina.—¿Le conoces?

Cascales.—¡Ya lo creo! Muchísimo.

Clementina.—Entonces, recíbele, mientras me arreglo un poco. Carolina, haz entrar a ese caballero en la sala...

Cascales.—No; aquí. Si para mí, es de confianza.

Clementina.—Entonces...

(váse Carolina por el foro derecha.)

Ven, Fanny; me ayudarás a arreglarme. (váse de prisa con Fanny por la derecha primer término.)

ESCENA VII

CASCALES y ERNESTO, por el foro, derecha

Ernesto.—(hablando hacia atrás.) Gracias.
Cascales.—Buenos días, Ayuso.
Ernesto.—¡Cascales! ¿Usted aquí?
Cascales.—Sí; soy de la casa, futuro cuñado. (con intencionada sonrisa.)
Ernesto.—¿Cómo?
Cascales.—«La suegra», viene en seguida.
Ernesto.—(Con familiaridad a Cascales.) ¡Hola! de modo que ya usted sabe...
Cascales.—¡Claro! Pero sentémonos.
Ernesto.—Gracias. (Se sientan.) Entonces, dígame; ¿cree usted que tengo probabilidades de éxito?
Cascales.—Con la mamá, indudablemente.
Ernesto.—¿Y con el papá?
Cascales.—Según el humor con que le pille usted, porque de algún tiempo a esta parte, mi suegro es un verdadero hogro.
Ernesto.—Pero don Eduardo, como todo el mundo, tendrá su flaco por donde poder rendirle. ¿Es cazador?
Cascales.—(moviendo la cabeza.) No, creo...
Ernesto.—¿Jugador de billar?
Cascales.—Tampoco.
(Cascales mueve negativamente la cabeza.)
Ernesto.—¿Coleccionista de sellos? ¿Colombófilo?
Cascales.—Nada de eso.
Ernesto.—¡Demonio!
(Señal negativa de Cascales.)
Cascales.—¡Pero calle usted!... ¡Sí!... De seguro es el mejor medio... ¿Sabe usted

de qué modo puede fácilmente captarse todas sus simpatías?

Ernesto.—¿De qué modo?

Cascales.—¿Conoce usted el «Edén Teatro»?

Ernesto.—¿El Molino Verde? ¡Ya lo creo! (cantando.) «Tápame... tápame... tápame!...»

Cascales. — ¡Silencio! (ademán de taparle la boca.) ¡Tápese la boca! Si le oye don Eduardo está usted perdido. Precisamente ese «Edén Teatro» es para mi suegro, lo que el gato para el ratón...

Ernesto.—En eefcto; algo me ha indicado Paulina...

Cascales.—Dice que ha destruído su bienestar; que le arruina, porque a causa de los escándalos y la juerga constante, se le van los inquilinos de esta casa, que como sabrá usted, es suya...

Ernesto.—¡Ya! Comprendo...

Cascales.—De modo, que, pensando cuerdamente, el medio mejor de conquistarle, es hablarle pestes del «Edén», diciendo que es... «¡Semillero de escándalos!...» «¡Antro de corrupción!...»

Ernesto.—«¡Charca de podredumbre!» «¡Foco del vicio!...»

Cascales.—¡Justo! Indudablemente ese es el modo seguro de serle simpático, de ganarse su estimación.

Ernesto.—Pues nada más fácil. Ya verá usted... Gracias, por la idea. (estrechándole la mano.)

Cascales.—¡Atensión! Ahí viene don Eduardo.

ESCENA VIII

Dichos, y TIMONEDA
(por la izquierda, 1.ª, con un papel en la mano, leyendo.)

Timoneda.—Me parece que este anuncio producirá su efecto. «Se alquila magnífico principal con agua, gas, y siete habitaciones, en punto céntrico, sano, hermoso y tranquilo...» (viendo a Ernesto.) ¡Ah! Usted dispense.

Cascales.—Don Ernesto Ayuso, abogado... Mi suegro, o, mejor dicho, mi padre político, don Eduardo Timoneda. (Presentándolos.)

Timoneda.—¿A qué debo el honor?...

Ernesto.—Señor Timoneda... sin embargo de que en breve recibirá usted la visita de mi padre, con igual objeto, la impaciencia me ha impelido a presentarme para pedirle la mano de su hija, a la que amo hace tiempo.

Timoneda.—(Perplejo.) Usted dispense, pero yo no tengo el honor de conocer a usted... y...

Ernesto.—Me conoce su hija; y por lo que toca a mi posición... su yerno podrá informarle... detalladamente...

Timoneda.—¡Ah! ¿Es usted amigo de Roberto? (con desconfianza.) ¡Hum! ¿Se han conocido ustedes, tal vez, en el «Edén Teatro»?

Ernesto.—¡Cómo!... ¡Señor de Timoneda! ¿Habla usted en serio?... ¿Me cree usted capaz de comprometer mi buen nombre frecuentando semejantes establecimientos?

Timoneda.—Lo temía, porque la juventud moderna...

Ernesto.—¡No, señor mío, no!... ¡Si de mí dependiese, todos esos antros del vicio, todas esas charcas de podredumbre social, desaparecerían de la superficie de la tierra!

Cascales.—(¡Muy bien!) (a Ernesto.)

(Timoneda ha hecho gesto de aprobación.)

Timoneda.—¡Bravo! (a Cascales.) ¿Oye usted? Así son los hombres serios, que se respetan y que...

Ernesto.— (con fingida indignación.) ¡Esos espectáculos son muy peligrosos!

Timoneda.—¡Peligrosísimos! ¿Oye usted?

Cascales.—¡Sí; sobre todo para los equilibristas!

Ernesto.—Quiero decir, para el público.

Cascales.—Y para el público también. El espectador a quien le caiga un acróbata sobre la cabeza, «requiescat in pace»!

Timoneda.—Habla en sentido moral.

Ernesto.—¡Justo! ¡Y me indigno! ¡Y protesto! Y me pregunto a veces: ¿qué hace la policía? ¿Duerme acaso? Parece mentira que ante tales espectáculos, las autoridades puedan dormir!

Timoneda.—¡Si vivieran aquí, no dormirían! ¡Aquí no puede dormir nadie... más que la siesta! ¡¡Es horrible!!...

Ernesto.—Usted dispense que me haya dejado llevar de la indignación a propósito de un asunto tan despreciable. Yo no he venido para hablar del «Edén», sino para pedir a usted la mano de su encantadora hija, de la que, como ella sabe, estoy noblemente enamorado.

Timoneda.—Desde luego, debo confesarle que me gusta usted como persona, es usted un excelente sujeto; y si está a la misma altura como abogado?...

Ernesto.—¿Como abogado?... Mi modestia no me permite hacer mi propio elogio. Pero no me sería difícil probarle mi competencia... precisamente, ahora, me he encargado de un pleito... intrincadísimo, y tengo la seguridad de ganarle.

Timoneda. — ¡Hombre! ¿Un pleito? (¡Qué idea!) ¡La ocasión, no puede ser más oportuna! El «Edén Teatro, es mi pesadilla, por muchas razones, y principalmente porque me arruina, haciendo huir a mis inquilinos. Ponga usted pleito al empresario o al amo del local, reclamándole el pago de daños y perjuicios, que estimaremos en una cantidad razonable, y si consigue usted...

Ernesto.—El asunto es de éxito dudoso, porque...

Timoneda.—¡Bah! ¡No hay causa mala para un buen abogado! Emprenda usted una terrible campaña contra ese maldito «Edén»; y si logra usted su clausura, desde luego le concedo la mano de Paulina.

Ernesto.—¡Pues si tal ha de ser la recompensa, manos a la obra!

Cascales.—(¡Caracoles!)

Timoneda.—La sola idea del triunfo, calma mi indignación. (Frotándose las manos, con satisfacción.)

Ernesto.—Juro a usted hacer todo lo posible por alcanzarle; y respecto a la provisión de fondos para atender a los gastos preliminares...

Timoneda.—¡Ah! Veo que usted entiende su negocio...

Ernesto.—Que es de usted.

Timoneda.—Conformes. (Echa mano a la cartera.)

Cascales.—Pero...

Timoneda.—¿Qué anticipo hace falta?

Ernesto.—Ninguno. Yo adelantaré lo necesario. Vendré cada día a enterar a usted de la marcha del pleito; y si no le encuentro en casa...

Timoneda.—Póngame cuatro líneas...

Ernesto.—No; será mejor que dé cuenta minuciosa de todo a su señora hija... (Con fina malicia.)

Timoneda.—¡Ah, ya! Usted prefiere el procedimiento verbal. Vaya, pues, convenido. (Se levanta y le estrecha la mano.)

Cascales.—(Pero amigo Ayuso...)

Timoneda.—Y si desea usted saludar a las señoras...

Ernesto.—Agradezco la fineza. Pero tiempo habrá; lo primero, es lo primero; ¡¡ya no sosiego, hasta haber roto las hostilidades contra ese «salón pernicioso»!!... ¡Ese Molino Verde, cuyas aspas inutilizaremos lanza en ristre!

Timoneda.—(Frotándose las manos.) ¡Así me gusta!

Cascales.—¡Eso es! ¡Y a mí que me parta un rayo! Si arruinan ustedes ese establecimiento, cuyo cafetero es mi principal cliente, ¿qué hago yo con mis vinos y mis licores?

Ernesto.—Nos los beberemos en mi boda; ¿verdad, señor de Timoneda? Ese día todo estará permitido. ¡Beberemos!... ¡bailaremos!... ¡cantaremos!... (cantando.) «Alza y dale; yo tengo un morrongo...»

Timoneda.—¿Eh? ¡¡No!! ¡¡Eso no!!

Ernesto.—¡Ay! ¡No! ¡Es verdad! ¡Esos «couplets»... jamás! Cantaremos la «marcha de Cádiz»... «¡Vi-va España!...» (Cantando.) Hasta la vista, señor mío. Adiós, Cascales. (¡Ja! ¡ja! ¡ja!) (Saluda y se va rápidamente por el foro.)

Cascales.—Adiós.

Timoneda.—Servidor.

Cascales.—Es un joven muy listo, y muy formal.

Timoneda.—¡Sin duda!

Cascales.—(Aparte, y riendo involuntariamente.) (¡Je! ¡je!... ¡Valiente punto!)

Timoneda.—Voy a enterar a mi mujer... (va a salir.)

ESCENA IX

CASCALES, TIMONEDA, CAROLINA, por el foro

Carolina.—Don Eduardo; el notario, señor Vega, pregunta por usted.

Timoneda.—¡Me alegro! ¡Que pase! ¡Que pase!

(Carlota va a hablar; pero el bocadillo de Cascales la detiene.)

Cascales.—Mientras usted le recibe, enteraré yo a las señoras de su entrevista con el joven formal... (irónicamente. Váse riendo por la segunda derecha.)

Carolina.—Señor...

Timoneda.—(ásperamente a Carolina.) ¿Qué hay!

Carolina.—Quería preguntarle si me da usted permiso para salir esta noche...

Timoneda.—Eso, a la señora; yo no me ocupo de...

Carolina.—Es que ella me ha dicho, que lo que usted diga. Mi novio, como hoy es su santo, quiere llevarme al teatro...

Timoneda.—Con tal de que no venga usted muy tarde, no hay inconveniente; esta noche hacen una comedia muy bonita en el «Principal»...

Carolina.—No señor; eso es muy aburrido. Vamos al «Edén».

Timoneda.—(indignado.) ¿Cómo? ¡Al «Edén»! ¿Y tiene usted por novio a un hombre que la lleva a semejante sitio?

Carolina.—Sí, señor; porque le gusta mucho eso de... «Tápame... tápame... tápame!...» (cantando.)

Timoneda.—¡¡Silencio!! (tapándose los oídos.) ¡Basta! ¡Largo de aquí!

Carolina.—(¡Qué barbaridad!) (Váse asustada.)

Timoneda.—¡Ese maldito «Edén» desmoraliza a todas las clases de la sociedad!

ESCENA X

TIMONEDA y EL NOTARIO, después, CAROLINA

Notario.—Buenos días, Timoneda.

Timoneda.—¡Hola, Pedro! Dispensa si te he hecho esperar... ¡cuánto tiempo sin verte!

Notario.—Cómo tú te haces el sordo...

Timoneda.—(ofreciéndole una silla.) ¿Qué quieres decir?

Notario.—Ayer, te escribí, rogándote que te tomaras la molestia de pasar por mi despacho. ¿No recibiste mi carta?

Timoneda.—Sí; pero me fué del todo impo-

sible descifrar tus garrapatos; los notarios tenéis una letra... pensaba ir a verte un día de estos, para que me explicaras... porque supongo que no será cosa importante.

Notario.—Pues te equivocas; es importantísima. El hermano natural de tu madre, Marcelo, ha fallecido, hace un mes, en Barcelona.

Timoneda.—(con indiferencia.) ¡Ah! ¿Estaba ahora allí? Nos tratábamos muy poco. Transcurrían años enteros, sin vernos ni escribirnos; por nuestro distinto modo de pensar, creo que yo no era santo de su devoción.

Notario.—Pues en su testamento ha demostrado lo contrario.

Timoneda.—¿Cómo? (Extrañado.)

Notario.—Te ha instituído su heredero.

Timoneda.—(atónito.) ¿A mí? Pedro; no gastes conmigo esa clase de bromas.

Notario.—He venido a verte en calidad de notario, y por lo tanto, comprenderás que hablo completamente en serio. Toma. Entérate tú mismo. (presentándole un acta.)

Timoneda.—Si es letra tuya, renuncio a descifrarla. Pero, dime: ¿cómo has tardado un mes en participarme?...

Notario.—Porque en carta suya, reservada, que me remitieron con el testamento, me advertía que podía éste quedar, en parte, sin efecto, si en todo el mes siguiente a su fallecimiento, se presentaba a mí cierta persona reclamando parte de la herencia.

Timoneda.—¿Y no se ha presentado?...

Notario.—Nadie; y como ayer cumplió el plazo, te escribí... citándote...

Timoneda.—Bien, hombre; y dime: ¿qué es lo que heredo de mi tío? porque como tenía negocios aquí, y en Madrid, y en Barcelona, y era tan extravagante y tan reservado... cualquiera puede calcular...

Notario.—Cierto; yo tampoco podía suponer que Marcelo fuese el dueño de un negocio que produce tan pingües ganancias.

Timoneda.—¿Qué negocio?

Notario.—El del Salón de aquí al lado.

Timoneda.—¿Cómo?

Notario. — Desde hace cuatro semanas el «Edén Teatro» es propiedad tuya.

Timoneda.— (atónito.) ¡¡El «Edén»!!... ¡Yo!... ¡¡Ah!!... (cae en una silla.)

Notario.—¡Demonio! ¡No se vaya a morir del alegrón!... ¡Qué efecto le ha hecho!... (le abanica con el acta.) ¡Vuelve en ti... Eduardo!...

(Timoneda respira.)

Timoneda.—¡Pedro!... ¡Querido Pedro!...

Notario.—¡Vamos... hombre... la cosa no es para tanto!

Timoneda.—Pero si es que...

Notario.—Cierto, que herencias así, no caen todos los días...

Timoneda.—Tienes razón; pero...

Notario.—¡Cómo se va a alegrar tu familia!

Timoneda.—¡No! ¡¡Por Dios!! ¡Que nadie sepa nada!... Que no sospechen...

Notario.—¿Por qué razón?

Timoneda.—¡Porque de no quedar el secreto entre nosotros dos, me es imposible aceptar esa herencia!

Notario.—¿Y serás capaz de despreciar las cuatro o cinco mil pesetas mensuales que te proporciona?

Timoneda.—¡Cuatro... o... una fortuna!

Notario.—¡Sería una locura!

Timoneda.—¡Sí; pero si mi familia... si el público se entera de que yo soy el propietario del «Edén»... yo, que en mi revista «El apostolado del buen ejemplo» me he declarado su mayor enemigo, que saben que le odio... que deseo su ruina, pasaré por un farsante y un hipócrita!... Además... el prometido de mi hija, me creería loco... me despreciaría con razón, si después de lo que hemos tratado, supiese que soy yo el que explota ese... «antro del vicio»... ¡Imposible!...

Notario.—Pues hijo... tú harás lo que quieras... pero se trata de tu bienestar... del de tus hijas... y yo creo que la cosa merece pensarse, antes de cometer una ligereza...

Timoneda.—Cierto; pero... no sé... no sé... Oye; ¿y si convirtiésemos ese local en un centro de espectáculos... morales... cultos... donde el verdadero arte...

Notario.—Ni pensarlo; con las corrientes del gusto moderno, te arruinarías, seguramente; buenas están las cosas...

Timoneda.—Entonces, no veo otra solución que venderlo; búscame comprador en seguida.

Notario.—Esa premura en deshacerse de ello, inspiraría recelos y no sacaríamos el cincuenta por ciento de lo que vale.

Timoneda.—Es cierto.

Notario.—Procediendo con calma y habilidad, y procurando, sobre todo, que continúe el estado floreciente del negocio, encontraremos un comprador solvente, que dé por él su valor, o poco menos.

Timoneda.—¿Y mientras tanto?

Notario.—Mientras tanto, lo administraré yo, si quieres, ayudado por el cajero de tu tío, como he venido haciéndolo todo este mes, sin que tú figures para nada en el negocio.

Timoneda.—¡Acertadísimo! ¡Gracias, Pedro! (Abrazándole.) Pero prométeme que nadie sabrá una palabra...

Notario.—Te lo aseguro. Y ahora... Toma. (Sacando de la cartera unos billetes de Banco.)

Carolina.—Señor.

Timoneda.—¿Eh? ¿Qué hay? (Contrariado.)

Carolina.—Un señor, desea ver a usted.

Timoneda.—Ahora estoy muy ocupado; que vuelva a otra hora.

Carolina.—Pero si...

Timoneda.—¡Nada! ¡Que vuelva!

Carolina.—Bien, señor. (Váse, foro.)

Notario. — Toma. (sacando billetes de Banco, de su cartera.) Aquí tienes 4,375 pesetas...

Timoneda.—¿Qué dinero es ese?

Notario.—El beneficio líquido de este último mes, que te pertenece.

Timoneda.—¡¡Un capital!!

Notario.—¡Ya te lo he dicho; ese Salón da un rendimiento fabuloso!

Timoneda.—(contando el dinero.) ¡4,375 pesetas!... ¿Sabes que... bien mirado, un establecimiento así... tiene sus lados agradables?

Notario.—¡Quién lo duda! Y ahora, tengo que hacerte otra revelación.

Timoneda.—¿Tan buena como la primera?

Notario.—No tanto. El caso es que en el testamento se deja un legado a cierta señorita, con la cual tu tío, al parecer, tenía íntima amistad: Pepa Rizotto.

Timoneda.—Italiana, sin duda.

Notario.—La florista del «Edén», puede que sea italiana... de Logroño. En virtud de una de las cláusulas, tienes que pagarla todos los meses una pequeña pensión, o, de una vez, una cantidad alzada, de acuerdo con ella.

Timoneda.—Lo último, creo que será lo más práctico. ¡Pero, señor... si no acabo de creerlo!... ¡Las perdices que me voy a comer!... ¡Y el champagne que me voy a beber!...

Notario.—Será a solas; porque si no... ¿qué va a decir tu familia, al ver que de pronto, haces tales despilfarros?

Timoneda.—¡Caracoles!... Es verdad; ya no me acordaba. Precisamente acabo de decirles que es indispensable reducir nuestros gastos.

Notario.—Pues entonces... para ese cambio de vida, tan repentino... tendrás que esperar a que hayamos vendido el establecimiento, porque si no...

Timoneda.—¿Esperar? ¡Esperar sabe Dios hasta cuándo!... ¿Y si me muero antes sin haber disfrutado de las comodidades y satisfacciones que proporciona una fortuna tan bonita como inesperada? ¡¡Sería horrible!!... ¡Sería estúpido!...

Notario.—Sí; pero, ¿cómo vas a explicar a tu mujer y a tus hijas...?

Timoneda.—¡Qué sé yo! Inventaré otra herencia... ¡Calla! Precisamente tengo un primo, que anda por esos mundos, sin dar señales de vida, desde hace muchísimo tiempo. Diré que este primo, que se llama Teodoro Bolaños, ha hecho una gran fortuna, y que, en pago de un inmenso favor, que le dispensé hace veinticinco o treinta años, ha resuelto pasarme por tu conducto esa gran pensión. ¿Eh? ¿Qué te parece...?

Notario.—¡Hombre! No está mal. Tienes una imaginación de novelista...

Timoneda.—La cosa es posible; y aunque rodando el tiempo sobrevenga algo que nos obligue a declarar la verdad, lo importante es salvar por ahora la situación...

Notario.—Y como sólo se trata de esperar a que pueda realizarse la venta...

Timoneda.—¡Justo!...

Notario.—Pues conformes en todo; no hay más que hablar; adiós... y recibe mi enhorabuena. Si algo necesitas comunicarme, ya sabes dónde tienes mi despacho.

Timoneda.—¿Puedo contar en absoluto con tu discreción? (estrechándole la mano.)

Notario.—Veremos quién, de los dos, guarda mejor el secreto.

Timoneda.—¡Gracias!

Notario.—Adiós. (váse por el fondo.)

Timoneda.— (Paseándose, pensativo.) (¡La historia del primo Teodoro ha sido una idea feliz, salvadora! Afrontemos la situación.) ¡Clementina! ¡Niñas!...

ESCENA XI

TIMONEDA, CLEMENTINA, FANNY, PAULINA y CASCALES, por la derecha

Clementina.—¡Pero hombre!

Paulina.—¡Papá!... ¡Ya era hora!

Fanny.—Creíamos que esa conferencia con el notario no acababa nunca.

Cascales.—¿Ha hecho usted testamento? (en broma.)

Timoneda.—No, pero... no podéis figuraros... se trata de una sorpresa... no lo vais a creer... Sentáos, que la historia es verdaderamente novelesca. (todos se sientan.)

Clementina.—Habla; te escuchamos atentos.

Timoneda.—Hará cosa de veinticinco años, quizá más... estando yo aún en Málaga... un primo mío, llamado Teodoro Bolaños... del que creo que te he hablado alguna vez, se vió el pobre metido en un conflicto... muy apurado... ¡terrible!... una cuestión gravísima, que amenazaba tener para él funestas consecuencias...

Clementina.—Cuestión de faldas... como si lo viera.

Timoneda.—Efectivamente. Mi primo Teodoro estaba al borde de la desesperación; y como yo he tenido siempre el mismo corazón que tengo ahora... me impresioné... me compadecí de él... y... vamos...

Paulina.—Le sacaste del apuro.

Timoneda.—Exactamente... le salvé... ¡Fuí su salvador!

Clementina.—Hiciste una buena acción; no me extraña; pero...

Timoneda.—Déjame explicar... El se marchó de Cádiz...

Paulina.—¿Quién?

Timoneda.—Mi primo Teodoro.

Cascales.—Pero eso ¿no ocurría en Málaga?

Timoneda.—Sí; ¿y qué?

Clementina.—¿Entonces, por que dices que se marchó de Cádiz?

Timoneda.—¡Ah! ¿He dicho Cádiz? Ha sido una distracción... como las dos ciudades son andaluzas... da lo mismo.

Clementina.—Bien; continúa.

Timoneda.—Teodoro, salió de allí precipitadamente y sin rumbo fijo, por miedo a las consecuencias de aquella historia; y, al separarnos, profundamente emocionado, me abrazó, jurando no olvidar jamás lo que yo hice por él.

Cascales.—Sí... sí... uno de tantos...

Clementina.—Fíate de gratitudes... en tantos años no hemos vuelto a saber nada de ese sujeto; yo, al menos...

Timoneda.—Dejad que termine. Teodoro, ha conseguido al fin, llegar a poseer una fortuna inmensa...

Paulina.—¿Y cómo lo has sabido, papá?

Timoneda.—Porque eso es precisamente lo que ha venido a participarme el notario Vega, dándome, además, una prueba... increíble... asombrosa... estupenda, de que efectivamente el gran Teodoro no se ha olvidado de mí en la opulencia. ¿Sabéis lo que ha hecho?

Los tres.—(con ansiedad.) ¿Qué?

Timoneda.—¡Ha comisionado a Vega para que me entregue una pensión de 2.000 pesetas mensuales!

Todos.—¿Es posible?...

Timoneda. — (Sacando billetes.) ¡Aquí está la prueba!

Fanny y Paulina.—¡¡Papá!!

Cascales.—Y nosotros dudábamos...

Clementina.—¡Si no viera el dinero, no lo creería!

Paulina.—¡De modo que somos ricos!

Fanny.—¡¡Papá de mi alma!!

Cascales.—¡¡Teodoro de mi vida!!

Clementina.—¡Ya no importa que se vaya el arcipreste!

Paulina.—Cuando lo sepa Ernesto...

Fanny.—¡¡Vaya un tío que nos ha salido!!...

Timoneda.—¡Aun hay hombres agradecidos en el mundo!

Clementina.—Y a fe que ese dinero, no podía venir con mayor oportunidad. Es indispensable poner cortinas nuevas en el gabinete... y la alfombra está gastada precisamente en los puntos más visibles...

Fanny.—¡Y es preciso cambiar también mi sillería!

Paulina.—Ahora podremos comprar el armario de luna para mi cuarto.

Fanny.—Y el servicio de mesa que tanto deseabas, mamá.

Clementina.—¡La vajilla de porcelana fina, hay que renovarla toda!

Fanny.—(a Timoneda.) ¿Y los dos trajes de verano que neecsito, me los pagarás tú, papá?

Timoneda.—¡Alto, hijas mías, alto! ¿Creéis que en un abrir y cerrar de ojos me he convertido en Rothschild? (aparte.) (¡Qué sería si no les hubiese escamoteado dos mil y pico de pesetas!) (señalando el bolsillo en que guardó la cartera.)

Cascales.—Mi querido suegro; hay que celebrar de algún modo tan fausto acontecimiento.

Timoneda.—Tienes razón. ¡Quiero que lo festejemos espléndidamente, y voy a llegarme yo mismo al Suizo, para escoger lo mejor que haya!... ¡Hasta ahora, hijos míos; preparadlo todo para el festín! (aparte.) (Si no me escapo, van a pedirme hasta la luna.)

(Váse precipitadamente por el fondo.)

Clementina.—Ayudadme a poner la mesa. (Medio mutis.)

Fanny.—No, mamá; aquí mismo; basta con unas servilletas.

(Entre Clementina y Cascales, pasan todo lo que hay sobre la mesa de la derecha a la de la izquierda: mientras Fanny y Paulina van al comedor, y vuelven con platos, cuchillos, copas y servilletas, 2.ª derecha.)

Paulina.—Vamos nosotras...

Clementina.—No me cabe en la cabeza el desprendimiento de ese primo Teodoro.

Cascales.—Pues a mí me extrañaría en un tío, o en un sobrino; pero siendo un primo...

Clementina.—¡Cuánta generosidad! ¡¡Porque dos mil pesetas mensuales... son 24.000 cada año!!...

Paulina.—(dejando caer una copa.) ¡Ay! ¡Una copa de las finas!

Clementina.—¡No te apures, hija mía! Compraremos otras de forma más moderna.

Fanny.—¿Qué tipo tendrá ese primo Teodoro?

Cascales.—Pues ¡el tipo de un millonario!

Clementina.—¡De un santo!

Paulina.—¡De un héroe!

ESCENA XII

Dichos y CAROLINA, por el fondo derecha

Carolina.—Señorita. Aquel señor ha vuelto.

Clementina.—¿Qué señor?

Carolina.—El que vino antes.

Cascales.—¡Enterados!

Clementina.—¿Y qué quiere?

Carolina.—(encogiéndose de hombros.) No sé. Don Eduardo no quiso recibirle.

Clementina.—Será algún sablista. Dígale usted que ahora no podemos recibir a nadie; que... tenemos gente.

Carolina.—Está bien. (Váse por el fondo.)

Paulina.—¡Vaya un momento oportuno para visitas!

Fanny.—¡Ahora que estamos tan agradablemente reunidos en familia!

Cascales.—(haciendo chasquear la lengua.) ¡Cuando vamos a saborear un espléndido banquete!

Carolina.—(volviendo por el foro derecha.) Ese señor, dice que siente no poder saludar a ustedes. Me ha dado esta tarjeta, y se ha marchado.

Clementina.—A ver... (la toma.) ¡Cielos! (Leyéndola a los demás sin que lo oiga Carolina.) (¡Teodoro Bolaños!)

Los tres.—(¡El primo Teodoro!)

Clementina.—¡Sin señas!
Cascales.—¿No ha dicho dónde vive? (a Carolina.)
Fanny.—Roberto, ve tú mismo a ver...
Carolina.—Es inútil, señorito... ¡Sabe Dios dónde estará ya! Iba muy deprisa.
Clementina.—¡Jesús!
Fanny y Paulina.—¡Dios mío!
Clementina.—¡Pero... mujer de Dios!... ¿Cómo ha dejado usted que se marche ese señor?
Carolina.—¡Si usted misma me dijo que no le podrían recibir!...
Cascales.—¡Y como habrá sabido por la portera que estamos en casa!...
Paulina.—¡Dios mío!

(Váse Carolina.)

Clementina.—¡Buena la hemos hecho!
Fanny.—¡Que papá no sepa nada, porque no nos lo perdonaría jamás!
Cascales.—¡Sabe Dios lo que ese buen señor pensará de nosotros!
Clementina.—¡Que somos unos ingratos!
Paulina.—¡Unos groseros!...

ESCENA XIII

Dichos y TIMONEDA por el foro, con botellas de vino y paquetes de dulces

Timoneda.—¡Aquí me tenéis ya! ¡Mirad lo que os traigo! ¡Champagne!... ¡Pastelillos, dulces, fiambres!
Paulina.—¡Ay, papá; qué bueno eres! (Le abraza.)
Clementina.—(acariciándole la cara.) ¡Y tú mismo te has tomado esa molestia!

Cascales.— (tomando las botellas y paquetes.) Yo hubiera podido ir por ello, papá.

Fanny.— (obligándole a sentarse en un sillón.) Descansa un poco, papaíto, que vienes sofocado.

Clementina.—Espera, que te pondré este almohadón para la cabeza. (Le pone un almohadón en el respaldo.)

Cascales.—¿Quiere usted fumar un cigarro? (presentándole la petaca abierta.)

Timoneda.—¡Por Dios! ¡Me mareáis con vuestras demostraciones de cariño!

Paulina.—¡Oh! ¡Es que estamos tan contentas!... ¿Verdad, mamá?

Clementina.— (Suspirando.) ¡Ay! ¡Sí!

Timoneda.—¿Y a quién debemos esta alegría? A mi primo Teodoro, que ni siquiera puede presenciar la dicha que nos proporciona. ¡Sabe Dios por dónde andará! ¡Yo daría cincuenta duros por tenerle ahora entre nosotros!

Cascales.— (Aparte.) (¡Cincuenta duros!) ¿De veras?

Timoneda.—Lo juro.

Cascales.—(¡Pues parecerá el primo! Sería una primada y una vergüenza que yo no ganase esos duros.) (A Fanny.)

Fanny.—(¿Qué piensas hacer?)

Cascales.—(¡No lo sé, pero yo le encuentro hoy mismo!)

Clementina.—Vamos, hijos, vamos.

(Todos colocan sillas, etc.)

Timoneda.— (Aparte, frotándose las manos.) (¡Esa historia de Teodoro ha sido una idea monumental!)

Paulina.—Papá, a la mesa!

Fanny.—¡¡Al festín!!

Clementina.—¡¡¡Viva el anfitrión!!!
Cascales.—¡¡Viva el primo Teodoro!!...

(Todos van desenvolviendo los paquetes y colocándose en la mesa de la derecha.)

Timoneda.—¡¡Viva!!

FIN DEL PRIMER ACTO



ACTO SEGUNDO

(La misma decoración del acto primero. Una botella de coñac Martell, y un par de copas, sobre la mesa de la derecha.)

ESCENA I

CLEMENTINA, FANNY, PAULINA, luego CASCALES

Clementina.—(Sentada a la derecha, suspira.) ¡Ay!

Paulina.—¡Pero, mamá! ¡No pongas esa cara de Viernes Santo!... Justamente ahora que podemos realizar nuestros deseos... gracias a la pensión del tío Teodoro.

Fanny.—Eso mismo digo yo, mamá. Ahora podéis vivir como príncipes.

Clementina.—Pues ahí tienes la causa de mi pesadumbre. Precisamente el hombre a quien todo lo debemos ha sido echado de esta casa...

Paulina.—¡No tanto, mamá!

Clementina.—Se le ha dado con la puerta en las narices, que es lo mismo.

Fanny.—Quizá la cosa aun tenga arreglo; Roberto anda buscándole desde ayer,

sin descanso, para darle toda clase de satisfacciones.

(Se oye el timbre.)

Clementina.—¡Es imposible que le encuentre!

Paulina.—Recorriendo todas las fondas... las casas de huéspedes...

(Llega Cascales por el fondo, sin aliento, y se deja caer en una silla.)

Cascales.—¡Uf! (Se enjuga con el pañuelo el sudor de la frente. Las tres mujeres le rodean con viva curiosidad.)

Clementina y Paulina. — ¿Qué hay? (Con ansiedad.)

Fanny.—¿Le encontraste?

Cascales.—¡Ca!... Si contabas con los cincuenta duros para hacerte el traje, renuncia a esa esperanza, esposa mía... Ese hombre, ha desaparecido como si se le hubiese tragado la tierra. ¡Ya no me queda más recurso, que encargar de su busca a la policía!

Clementina.—Y aunque le encuentren, no querrá volver aquí.

(Se oye timbre.)

Paulina.—¡Qué desgracia!

Cascales.—¡Sabe Dios, siendo tan espléndido, lo que hubiéramos podido, todavía, sacar de él!

ESCENA II

Dichos, TIMONEDA, por el fondo, cargado de paquetes; tarareando, de muy buen humor. Luego CAROLINA

Timoneda.—(Entrando sin ver a los demás.) «Si le paso la mano al indino se estira y se encoje...» (¡¡Uy!!) (Callando de pronto. Vé a

los demás y los saluda confuso.) ¡Ah! ¡Estáis aquí!... ¡Buenos días!

Clementina.—¡Hola! (Con forzada amabilidad.) Pero, Eduardo, ¿de dónde vienes?

Timoneda.—(Buscando una explicación.) ¿De dónde quieres que venga, mujer?... Salí a dar un paseo. Luego, hice algunas compras... todo esto; me parece que ahora puedo pagarme el lujo de comprar fruslerías, de satisfacer caprichos...

Clementina.—Claro que sí. ¡Dios bendiga al primo Teodoro!

Timoneda.—¡Sí, hija, sí! Indudablemente, merece un altar. ¡A cuántos habrán canonizado con menos motivo!

Carolina.—(Por el fondo, anunciando.) El señor notario.

Timoneda.—Que haga el favor de pasar; lleváos todo esto.

(Váse Carolina.)

Paulina.—(Con viva curiosidad.) Quizás traiga algún nuevo encargo del tío Teodoro.

Fanny.—Alguna noticia más precisa...

Cascales.—O más billetes de Banco.

Timoneda.—(A Cascales.) ¡Caramba! ¡Tú eres insaciable, hijo! Pronto lo sabremos. Dejadme solo con él, por si acaso...

Clementina.—Sí, sí; nos vamos...

Paulina.—Adiós, papaíto. (Váse con los demás por la derecha, primer término.)

ESCENA III

TIMONEDA, EL NOTARIO

Notario.—(Precavido.) ¿Estás solo?

Timoneda.—Ya lo ves.

Notario.—¿Cómo va eso? ¿Has visto ya a tu coheredera?

Timoneda.—(Sonriendo.) ¿A Pepa Rizotto? Vengo de su casa, y todo está arreglado a las mil maravillas.

Notario.—¿Os habéis entendido?

Timoneda.—De ese modo se entiende todo el mundo; me ha costado 3,000 pesetas la entrevista.

Notario.—¡Caracoles!

Timoneda.—Es tan simpática, tan amable, tan graciosa, que no he podido mostrarme duro con ella.

Notario.—Pero me parece que has estado demasiado blando.

Timoneda.—Lo que he estado es en peligro de caer en sus redes. Me ha hecho tomar café con un bizcocho riquísimo, hecho por ella misma...

Notario.—Y con el bizcocho, has tragado el anzuelo; ten ojo con ella, porque según creo, es muy ladina.

Timoneda.—(Riendo.) Pero yo no soy tonto; y en vez de confesarle la verdadera procedencia del dinero, la he dicho que un antepasado suyo, dejó en depósito esa cantidad a un amigo mío, el cual, al morir, me encargó de la devolución; y no solamente me ha firmado un documento en que declara haber recibido esa suma como finiquito de mis obligaciones para con ella, sino que me ha jurado guardar el secreto.

Notario.—Siendo así, el bizcocho y el café no te han costado muy caros.

Timoneda.—Eso es un grano de anís comparado con los pingües beneficios del tea-

tro. Anoche hubo otra vez un lleno bestial, y el público, que no se cansaba de aplaudir, hizo repetir no sé cuántos números.

(El Notario le mira asombrado.)

¡Lo cierto es que presentamos cosas verdaderamente notables!

Notario.—¿Y cómo sabes todo eso?

Timoneda.—¡Porque lo vi!

Notario.—¡Tú!

Timoneda.—Sí; no he podido resistir a la tentación. Anoche presencié la mitad de la función, metido en el fondo de un palco de platea. Quería conocer mi establecimiento... mis artistas...

Notario.—¿Y qué te pareció?

Timoneda.—¡Mucho mejor de lo que yo creía! Después de todo, yo no veo esa inmoralidad tan perniciosa... «couplets», que lo mismo pueden tomarse en malo que en buen sentido... mujeres, más o menos vestidas, como en los demás teatros decentes... y... sobre todo, hay una «coupletista» francesa, que da el opio con su «couplet»... de... «Viens donc, viens donc, on ferá quelque chose de bon...» (remedando una cantante descocada.) ¡Qué aplausos!... ¡Qué negocio! Y el público distinguido: allí estaba el banquero Malsopla, y el inspector de policía... Pero, amigo, como hay gustos para todo, había en la platea dos o tres memos, que después de cada número, silbaban a más no poder, y, durante los entreactos criticaban a voces el espectáculo y la casa. «Esto es una vergüenza», gritaban... «¡Esto es una mancha de ignomi-

mia para nuestra ciudad!...» Te juro que la hubiera emprendido a palos con ellos, si no hubiese estado allí de riguroso incógnito; hasta creo que los llamé imbéciles sin poder contenerme.

Notario.—¿Tú? Tú, que hace cuarenta y ocho horas... (Riéndose.)

ESCENA IV

Dichos, ERNESTO (por el fondo, muy de prisa.)

Ernesto.—¡Dispensen ustedes!... Buenos días, señor notario. Señor de Timoneda, no se quejará usted de mí. Tengo la satisfacción de anunciarle que se ha dado principio a la campaña contra el «Edén Teatro», bajo mi secreta dirección.

Timoneda.—¡Cómo! ¿Usted?...

Ernesto.—He cumplido a conciencia su encargo. Anoche se inició la protesta contra el espectáculo como base de...

Notario.—De modo que aquellos reventadores...

Ernesto.—(Al Notario.) Eran instrumentos míos, que obraban conforme a los deseos del señor de Timoneda.

Notario.—(Asombrado a Timoneda.) ¿Conforme a tus deseos?

Ernesto.—He provisto de pitos a mis escribientes en esta cruzada contra el «Edén»... y todas las noches...

Timoneda.—(¡Este, me arruina!)

Notario.—(A Timoneda.) ¡Pero hombre!...

Ernesto.—Iniciaron la campaña con bríos; pero hubo un conato de contraprotesta...

Un viejo cascarrabias, trató de imponerles silencio desde el fondo de un palco platea...

Notario.—¡Ejem! (tocando a Timoneda con el codo.)

Timoneda.—(¡Cascarrabias!)

Notario.—¿Quién sería?

Ernesto.—Algún viejo verde, de esos a quienes la exhibición de formas femeninas hace perder la chabeta.

Timoneda.—(Aparte, mortificado.) (¡Viejo verde!... ¡Cascarrabias!...) Oiga usted...

Notario.—¿Y cómo terminó la cosa? (Interrumpe a Timoneda.)

Ernesto.—¡Divinamente! La bronca tuvo por epílogo, la intervención de los acomodadores, que descalabraron a uno de mis hombres.

Timoneda.—(Irónicamente.) ¡Qué lástima!

Notario.—¿Y dice usted que terminó divinamente?

Ernesto.—Como que eso nos da pie para una hermosísima demanda contra el dueño del «Edén», exigiéndole el pago de daños y perjuicios...

Timoneda.—(Con rabia concentrada.) ¡Cómo!... ¿Usted cree?...

Ernesto.—¿Que si creo?... Estoy segurísimo de ganar. Y no es esto sólo, sino que, repitiéndose los escándalos, espero que llegaremos a obtener el cierre del establecimiento por la autoridad gubernativa, como medida de orden público.

Timoneda.—(No pudiendo contenerse.) ¡Pero hombre de Dios! Eso... (buscando la palabra) yo... no...

Notario.—(A Timoneda, aparte.) (¡No te descubras!)

Timoneda.—(Dominándose.) ¡Yo no tengo tiempo ahora, de... Aun no he concluído de hablar con el notario...

Ernesto.—(Interrumpiéndole.) Comprendido. En ese caso... ya hablaremos más detenidamente. Pon lo pronto, lo único que sedeo saber ès si está usted satisfecho...

Timoneda.—Sí, sí; ¡ya lo creo!...

Ernesto.—O si quiere usted que se haga algo más...

Timoneda.—¡No, no! Basta con eso.

Ernesto.—Me alegro. Y mientras usted concluye de hablar con el señor, me permitiré ir a presentar mis respetos a las señoras.

Timoneda.—Es usted muy dueño; pase usted. (Conduciéndole al primer término derecha.)

Ernesto.—(Al Notario.) Caballero...

Notario.—Servidor. (Mutis, Ernesto.) ¿Quién es ese sujeto?

Timoneda.—El novio de mi hija; abogado, hijo de un ex-cónsul y amigo de mi yerno. Paulina está enamorada de él...

Notario.—¡Ah! ¡ya!

Timoneda.—Mi mujer está empeñada en ser su suegra.

Notario.—¿Y has lanzado a tu propio yerno contra el «Edén-Teatro»?

Timoneda.—Sí; antes de saber... yo no podía sospechar que de la noche a la mañana iba a caerme este premio gordo.

Notario.—¡Tiene gracia!

Timoneda.—Yo no se la encuentro. Es preciso evitar que ese maldito logre sus propósitos; ya veré la manera...

Notario.—Sí, sí. Vaya, te dejo; voy al «Edén»; como administrador, debo cuidar a diario de todo aquello.

Timoneda.—Muy bien; puedes pasar por el jardín y acortas camino... Te acompañaré hasta la verja.

Notario.—Adiós; y evita a todo trance que ese muchacho...

(Vánse por la 2.ª izquierda.)

ESCENA V

CAROLINA; luego CLEMENTINA; luego, PACO

Carolina. — (Presurosa por el fondo.) ¡Señora!... ¿Dónde estará? (Desde la puerta de la derecha 1.ª) ¡Señora!... ¿Puede usted venir un momento?...

Clementina.—(Por la derecha.) ¿Qué pasa?

Carolina.—Hay un señor que pregunta por don Eduardo.

Clementina.—(Vivamente.) ¿Qué señor es ese? ¿Ha dicho su nombre?

Carolina.—Dice que se llama Paco.

Clementina.—¿Paco? ¿Y qué quiere?

Carolina.—Necesita hablar sin falta con el señor, y dice que no se va sin haberle visto, aunque tenga que aguardar hasta mañana.

Clementina.—¡Cosa más rara!... Haga usted entrar a ese señor... Paco.

Carolina.—Está bien, señora. (Váse por el fondo, para volver en seguida con Paco.)

Clementina.—Se tratará de algo grave cuando tanto empeño tiene en ver a mi marido. (Paco entra con los utensilios de afeitar. Váse Carolina después de haberlo introducido.)

Paco.—Con su permiso.

Clementina.—Tome usted asiento; mi marido viene en seguida.

Paco.—¡Cómo! ¿El señor de Timoneda es su marido? (señal afirmativa de Clementina.) ¡Pobre señora! ¡La compadezco!

Clementina.—¿Qué quiere usted decir?

Paco.—No me lo pregunte usted, porque... la conducta de ese señor...

Clementina.—¿Cómo? Necesito una explicación...

Paco.—Imposible; soy, además de barbero, orfeonista; esta noche, canto un solo en «La Concordia», y siempre que me disgusto, me pongo ronco y desafino... (canta cómicamente de falsete, ad líbitum, pero de modo que la palabra «amor» corresponda a la nota más alta.) «Y rendir a la mujer en las lides del amor.» (en la última sílaba suelta un gallo.) «Amor.» (Otro gallo.) ¿Ve usted? No falla. ¡Siempre que me acaloro, pifia segura!

Clementina.—Pues no se acalore usted.

Paco.—¡Eso se dice fácilmente, señora! Pero cuando uno tiene relaciones con una mujer joven y guapa y está locamente enamorado de ella...

Clementina.—¿Y qué tiene que ver mi marido con todo eso?

Paco.—¡Su marido de usted... señora... trata de seducir a mi novia!

Clementina.—Seducir... ¿El? ¡Imposible!

Paco.—Imposible parece, en efecto; ella lo negaba al principio, pero he visto en su gabinete los restos del café y el bizcocho; he sabido por la portera que la entrevista ha sido larga... y al fin

me ha confesado que ha ido a visitarla el señor Timoneda y contándola una historia inverosímil, la ha regalado, ¡nada menos que 3,000 pesetas!

Clementina.—¿Tres mil pesetas?

Paco.—¡Aquí está el cuerpo del delito! (Enseñando los billetes.)

Clementina.—¿Pero mi marido se ha vuelto loco? (Asombrada.)

Paco.—¡Sí, señora... loco por Pepa!

Clementina.—¡Desdichado!

Paco.—Y vengo a echarle en cara...

Clementina.—Ese dinero...

Paco.—No, señora; este dinero, me lo guardo yo; algo le ha de costar haber querido suplantarme; y si protesta, si no desiste de su empeño... si pretende negarlo... yo le diré... pero ¿por qué no sale ese... Tenorio moderno? ¡No! Es mejor que no salga, porque si me sofoco... si me acaloro demasiado... esta noche... (cantando.) «en las lides del amor.» (suelta un gallo en la última nota.) ¿Lo ve usted? ¡Pifia segura!

ESCENA VI

CLEMENTINA, PACO, TIMONEDA

(Timoneda entra por la izquierda, segundo término, tarareando el «couplet» de antes, y se calla en seco, al ver a los otros.)

Timoneda.—(Viens donc, viens donc...) (Aparte.) (¡Ah! ¡Una visita!...) (Bajo a su mujer.) ¿Quién es este joven?

Clementina.— (Dramáticamente.) ¡El señor... Paco!

Timoneda.— (Tratando de recordar.) ¿Paco?... No le conozco. ¿Qué es lo que usted desea?

Clementina.—¿No le conoces?

Paco.—Tiene razón, no me conoce; ¡pero a mi prometida, sí!

Timoneda.—¿Yo? ¿A su prometida?

Paco.—¿No conoce usted a Pepa Rizotto? ¿No ha tratado usted hoy mismo de sudecirla entregándola... este dinero?... (Poniéndole el fajo de billetes en las narices.)

Timoneda.—(¡Atiza! ¡Mujer, al fin!) (Confuso, aparte.) Joven... (¿qué digo yo?) (Instintivamente, alarga la mano para coger los billetes. Paco se los guarda vivamente en el bolsillo.)

Clementina.—¿Cómo se explica esto? ¡Contesta!

Timoneda.— (Aparte.) (¡Ah! ¡qué idea!) (Alto, sonrisa forzada.) Es muy sencillo... Efectivamente, yo llevé ese dinero a la señora...

Paco.—¡Señorita!

Timoneda.—¡Bueno!... a la señorita Rizotto... pero fué por encargo de otra persona...

Paco.—Sí, ¿eh? (Con ironía.)

Clementina.—¿Por encargo de otra persona? ¿Qué persona es esa?

Timoneda.—¿No lo has adivinado, mujer?... Mi primo Teodoro.

Clementina.—¿Cómo?

Paco.—Teodoro, ¿eh?... Teadoro, es lo que habrá usted dicho a Pepita!

Timoneda.—No, señor; Teodoro... Teodoro Bolaños.

Clementina.— (Dudando aún.) Y por qué no me dijiste hasta ahora...

Timoneda.—¡Mujer! No se falta así como así

a la discreción que reclaman ciertos asuntos... privados...

Paco.—(¿Será verdad?)

(A Clementina, a media voz.)

Timoneda.—Esto tiene relación con aquella mujer de Málaga...

Clementina.—¡Pero si de aquello hace más de 25 años!

Paco.—¡Y mi novia aun no tiene esa edad! Caballero... eso me huele a infundio.

Timoneda.—¿Y quién le dice a usted que la mujer de entonces sea la novia de usted? ¡Aquella mujer, murió!

Paco.—¡Ah!... en ese caso...

Clementina.—¿Era su madre?

Timoneda.—¡Justo! (¡Ya está!)

(Timoneda contesta con un gesto de misterio.)

Paco.—¡Su madre!... ¿Luego el señor Bolaños, es el padre de Pepita?

Timoneda.—¡Claro! (¡Atiza!)

Paco.—Y ella que ignoraba... ¿Pero dónde está ese señor?

Timoneda.—¡Cualquiera lo sabe! Ese dinero y el encargo de su entrega, los he recibido misteriosamente... por correo.

Paco.—Pero si el padre de Pepita existe... no podemos casarnos sin su permiso.

Timoneda.—Indudablemente.

Paco.—Luego es indispensable que sepamos a qué atenernos... ¡Yo necesito buscar a ese padre... encontrarle!

Clementina.—Sí, le buscaremos; yo le ayudaré a usted. Estcy interesada... en ello. ¡Tu conducta no debe ser objeto de la menor sospecha! ¡Pondré a todas mis amistades en movimiento, apelaré a la policía, si es necesario; no me daré

punto de reposo, hasta que hayamos encontrado al primo Teodoro!

Timoneda.—(¡María Santísima!)

Paco.—¡Gracias, señora!

Clementina.—¡Adiós, joven; déscuide usted... que le encontraremos! (Yo veré...) (Váse por primera derecha.)

Timoneda.—Pero, mujer...

Paco.—(Patéticamente.) Señor Timoneda. Pido a usted mil perdones por mi suposición injusta... ¡Resulta, por lo tanto, que mi novia tiene padre!... Un padre, que, aunque no la reconozca oficialmente, le manda en secreto 3,000 pesetas. Pepita se volverá loca de alegría y querrá conocerle, demostrarle su gratitud. No le quepa a usted duda... ¡Le encontraremos! Voy a dar el notición... ¡Qué alegría! Servidor... (Váse tarareando.) «Y rendir a la mujer en las lides del amor.»
(Ya en el foro, da el último gallo.)

Timoneda.—Este hombre está chiflado. ¡Y son capaces de encontrar a Teodoro! La cosa se va complicando; pero es el único medio de ocultar la verdad sin comprometerme. Lo malo es que mi mujer está escamada...

ESCENA VII

TIMONEDA, NOTARIO, que entra cautelosamente por segunda izquierda, con una cajita de hierro, de las de guardar caudales, envuelta en un papel, debajo del brazo.

Timoneda.—¡Hombre! ¡Vienes de perilla!

Notario.—(Poniendo la caja sobre la mesa.) ¿Sí? ¿Qué ocurre?

Timoneda.—Me encuentro metido en un lío tremendo. De resultas de una conferencia que acabamos de tener con el novio de Pepita, mi mujer quiere a toda costa conocer al primo Teodoro... y ¿qué hago yo para evitar que se descubra la farsa de la pensión... y...?

Notario.—¿Tu esposa quiere ver al primo Teodoro? ¡Demonio! ¡Demonio!...

Timoneda.—Y no lo dudes, la conozco. ¡No parará hasta haber dado con él!

Notario.—Pues hay que adelantarse a sus deseos.

Timoneda.—¿Cómo?

Notario.—Haciendo que el primo Teodoro venga antes de que lo busquen; es el único modo...

Timoneda.—Pero... (horrorizado.) ¿Está aquí?

Notario.—¡Hombre!... ¡él mismo en persona, no!...

Timoneda.—Entonces...

Notario.—Otro que haga sus veces...

Timoneda.—¡Ah, vamos! Un individuo comprado...

Notario.—Por ejemplo... ese que fué escribiente mío, Fernández; es un hombre maduro, y que ha desempeñado con éxito algunos encargos difíciles.

Timoneda.—¿Y hará de primo Teodoro? Me parece expuesto...

Notario.—Pues chico... no veo otro medio...

Timoneda.—Cierto; a mí no se me ocurre otro.

Notario.—Y aleccionando bien al sujeto, se evita...

(poniéndole familiarmente la mano sobre el hombro.)

Timoneda.—Sí, sí; veo que bajo la seriedad

profesional del notario, continúas con la invectiva diabólica del estudiante.

Notario.—Genio y figura... Esta vez, la supercheria es plausible, puesto que se trata de conservar la paz de tu hogar sin perjuicio de nadie.

Timoneda.—Y el fin, justifica los medios.

Notario.—¡Eso es! Pues si te parece hoy mismo se os presentará el falso primo Teodoro...

Timoneda.—¡Naturalmente! ¡Cuanto antes! Ofrécele una gratificación. Puntualízale bien las instrucciones necesarias, y así que mi mujer haya oído de sus labios que todo es verdad, se evapora el primo para siempre, y asunto terminado, y que Pepita y su novio se arreglen sin padre, como puedan.

Notario.—Debo advertirte que el único defecto de Fernández, que es por lo que ya no está en mi notaría, consiste en que apenas prueba una gota de alcohol, pierde la cabeza, y... a morir; de modo que si tu familia se empeña en obsequiarle... por agradecimiento...

Timoneda.—Pierde cuidado; le daremos horchata o zarzaparrilla. (Riendo.)

Notario.—Perfectamente; ¡ah! se me olvidaba decirte, que ha estado en mi casa un caballero, llegado hoy aquí, como gerente de una sociedad industrial, con el encargo de comprar el «Edén Teatro», la concesión del salto de agua y parte de tu jardín, apra establecer en su sitio una gran fábrica de electricidad y de material eléctrico.

Timoneda.—¡Albricias, hombre! Si lo pagaran bien?...

Notario.—Veremos; yo le he dicho que, por lo que toca a tu jardín, tiene que entenderse contigo. En cuanto al «Edén», le he manifestado reservadamente que yo soy el administrador del teatro, pero que el encargado de su venta eres tú; que, por circunstancias especiales, debíamos tratar del asunto en mi notaría y ha quedado en verme esta noche en mi casa.

Timoneda.—Bien; pues tú me avisarás... pero, dime, ¿qué paquete es ese que has dejado ahí?

Notario.—¡Ah, es verdad!... ¡Si a eso venía! Esto es, nada menos, que la caja del «Edén».

Timoneda.—¿Y por qué vienes con ella?...

Notario.—¡Para darle una lección al cajero; figúrate que me encontré la administración desierta y esta caja, abandonada en una silla!

Timoneda.—¡Qué barbaridad!

Notario.—Y como no es fácil llevarla secretamente a mi casa, te la traigo, para que la guardes tú por unas horas y le demos el gran susto al cajero. Así aprenderá...

Timoneda.—¿Y dónde la escondo yo, de manera que no pueda caer en manos de alguien? En mi ropero... no. ¡Ah! ya sé; en la chimenea de mi cuarto; como no se usa más que en invierno... no hay miedo...

Notario.—Muy bien; es el gran sitio, y por unas horas... Pues voy a enviarte a Fernández, convertido en Teodoro Bolaños.

Timoneda.—El lance va a ser divertido, si Fernández no mete la pata.

Notario.—Descuida; yo le instruiré minuciosamente. Adiós; ya me enterarás del resultado.

Timoneda.—Es claro. (Baja desde el foro y coge la caja.)

(El Notario váse de prisa por foro derecha.)

¡Caramba! ¡Cómo pesa! Hay que confesar que el arte, no está tan perdido como dicen. Ocultemos el cuerpo del delito.

(Váse por la primera, izquierda, con la caja.)

ESCENA VIII

CLEMENTINA, FANNY, PAULINA, CASCALES y ERNESTO (por la derecha, primer término. La familia despide a Ernesto.)

Paulina.—(A Ernesto.) ¿Volverás hoy?

Ernesto.—Sí, tan pronto como haya formalizado ciertas diligencias relativas a la demanda de tu padre contra el dueño del «Edén».

Cascales.—¡Y contra mi negocio de licores y champagnes!

Fanny.—¡Mejor! ¡Mejor!...

Ernesto.—Todo se arreglará... Pero no se molesten...

Clementina.—No es molestia.

(Los cuatro acompañan a Ernesto hasta el forillo, donde se despiden. La escena queda un momento desierta.)

Paulina.—Entonces, hasta luego.

Ernesto.—Hasta luego.

(Vuelven los cuatro. Clementina y Paulina, delante, atraviesan la escena, hablando, desde el foro, hasta la derecha, primer término.)

Paulina.—¿Qué opinión vas formando de Ernesto, mamá?

Clementina.—Mis primeras impresiones no son malas.

Paulina.—Estoy segura de que cada vez te gustará más.

(Desaparecen por la segunda derecha hablando.)

Clementina.—Veremos.

(Fanny va a seguirlas; Cascales la detiene.)

Cascales.—Mientras tu madre y Paulina se engolfan en ese proyecto matrimonial, vamos a ver si encontramos el medio de dar con el primo Teodoro, que es lo que nos interesa.

Fanny.—¿Preguntaste en los hoteles?

Cascales.—En todos.

Fanny.—Y en las casas...

Cascales.—¡Quiá! Un hombre de su posición, no puede haberse hospedado más que en algún hotel.

Fanny.—O en alguna casa de huéspedes buena.

Cascales.—Siendo nuevo en la ciudad, es de suponer que no conozca ninguna.

Fanny.—Pudo dejarse conducir por alguno de esos ganchos que asedian a los viajeros a la llegada de los trenes.

Cascales.—Sin perjuicio de hacer nuevas averiguaciones en ese terreno, se me ha ocurrido publicar un aviso en los periódicos locales...

Fanny.—¡Excelente idea!

Cascales.—Voy a redactarlo en un momento.

(Se sienta a la mesa y escribe.)

Fanny.—Sí, sí.

Cascales.—(Escribiendo.) «Para un asunto urgente, que le interesa en extremo, se ruega a don Teodoro Bolaños, se sirva pasar cuanto antes por la redacción de «El Apostolado del buen ejemplo», Baluarte, 8, segundo.» ¿Qué te parece?

Fanny.—Muy bien.

Cascales.—Voy a sacar dos copias... (escribe) para los tres principales periódicos. De esta manera, malo será que no llegue a conocimiento del interesado.

Fanny.—Sin embargo, no dejes de ir a preguntar en las casas de huéspedes mejores.

(Suena el timbre.)

Cascales.—Así lo haré.

Fanny.—Y no estaría de más, que volvieses a los hoteles. Quizá el tío no haya dado su nombre hasta esta mañana.

Cascales.—Todo podría ser.

(Acabó de escribir y se levanta guardando las tres cuartillas en el bolsillo.)

Si no descubro su paradero, no será por falta de diligencias. Hasta luego.

Fanny.—Adiós.

(Váse rápidamente por la izquierda del foro. Fanny hace mutis por la derecha, segundo término.)

ESCENA IX

El Sr. AYUSO y CAROLINA, por el foro derecha

Carolina.—Tenga usted la bondad de esperar, que ahora saldrá el señor.

Ayuso.—Muy bien, muchacha.

(Después de mirar por la segunda, izquierda, váse Carolina por primera, izquierda.)

El pretexto de la compra del jardín, es excelente para explorar el terreno y conocer a esta familia. Ernesto me ha prometido no advertirles y sé que no habrá faltado a su palabra. El asegura que esta gente es modelo de seriedad y de buenas costumbres, pero el amor es ciego y yo necesito convencerme...

(Sale Timoneda por primera, izquierda, y detrás, Carolina que se va por el foro, derecha.)

ESCENA X

AYUSO y TIMONEDA; al final, CAROLINA

Timoneda.— (Viendo a Ayuso.) Caballero...

Ayuso.—¿Tengo el honor de hablar con el señor Timoneda?

Timoneda.—El honor, es mío.

Ayuso.—Vengo a ver a usted porque el señor Vega... me ha indicado... (con cierta reserva.)

Timoneda.— (Alegrándose.) ¡Ah, en efecto! No se ha hecho usted esperar.

Ayuso.— (Asombrado.) ¿Me esperaba usted?

Timoneda.—Naturalmente. Con impaciencia. (Con cierto misterio.) Ya sabe usted de que se trata ¿eh?

Ayuso.—Sí, señor... pero...

Timoneda.—Supongo que don Pedro le habrá enterado de todo...

Ayuso.—Sí; pero desearía que usted me explicara...

Timoneda.—La cosa es muy sencilla; y si

representa usted bien su papel, yo le prometo que no ha de quejarse de mí, querido primo Teodoro. ¡Je! ¡je!... (Dándole familiarmente un golpecito en el hombro y riendo.)

Ayuso.— (Estupefacto.) ¿Teodoro? (¿Qué será esto?)

Timoneda.—¡No cometa usted, por Dios, ningún renuncio! Usted es mi bienhechor... Usted me ha señalado una renta de 2,000 pesetas mensuales, porque hace años le salvé la vida, o poco menos, en Cádiz, digo, en Málaga, ¿eh?

Ayuso.—¿Usted me salvó a mí?

Timoneda.—(¡Qué torpe!) (Con alguna impaciencia.) ¡A usted no, hombre! A mi primo Teodoro, a quien usted representa. Es decir, a él, tampoco le salvé nada. Pero esto, a usted, no le importa; lo indispensable es que usted represente bien la farsa, para que mi familia se trague la bola.

Ayuso.—(¡Caracoles!)

(Timoneda, mira receloso a todos lados, por si viene alguien, cosa que repetirá de cuando en cuando. Esta escena, ha de llevarse de prisa y a media voz.)

Timoneda.—En cuanto termine usted su papel, recibirá una buena gratificación y en paz. Sea usted parco y prudente en el hablar y sígame usted la corriente.

Ayuso.—Corriente.

Timoneda.—Inútil es decir a usted que hemos de tutearnos.

Ayuso.—No veo inconveniente.

Timoneda.—Entre parientes tan próximos...

Ayuso.—¡Es verdad! Entre parientes y soldados...

Timoneda.—Y no se olvide usted de que tiene una hija...

Ayuso.—No es hija, es hijo.

Timoneda.—¡Qué va a ser hijo! ¡Hombre, fíjese bien en lo que se le dice! Usted tiene una hija natural.

Ayuso.—¿Yo? (¡Atiza!)

Timoneda.—Usted, es decir, el primo Teodoro.

Ayuso.—¡Ah, vamos!... Sí. (¡O este hombre está loco, o aquí hay un lío muy gordo!)

Timoneda.—Y que esa hija, se llama Pepita Rizotto, y esta mañana la ha regalado usted tres mil pesetas...

Ayuso.—¿Yo?...

Timoneda.—Usted por mi conducto. (Impaciente.)

Ayuso.—Sí. Todo eso ya lo sabía yo.

Timoneda.—Bueno; pues ahora, para que no duden de su esplendidez y su fortuna... (saca un billete, de la cartera.) aquí tiene usted un billete de mil pesetas...

Ayuso.—(Riendo.) ¿Como regalo?

Timoneda.—No. Para mandarlo cambiar ahora mismo, por billetes pequeños, a fin de que abulte mucho. (Toca el timbre.)

Ayuso.—Bueno.

Timoneda.—La cuestión es que mi familia crea que tiene usted dinero a porrillo.
(Sale Carolina por el foro.)

Ayuso.—Bueno.

Carolina.—¿Ha llamado usted, señor?

Timoneda. — (Le quita a Ayuso el billete de la mano.) Sí. Tome usted; a ver si en la sucursal del Crédito, en esta misma calle, le cambian a usted este billete de mil pesetas, en billetes chicos.

Carolina.—¡Un billete de mil pesetas! (Asombrada. Sécase las manos con el delantal y toma el billete con la punta de los dedos.) Es el primero que toco en mi vida.

Timoneda.—Lo creo; pero mi primo Teodoro los cambia a diario. (Señalando a Ayuso.)

Carolina.—¡Qué suerte! (Será otro primo, porque éste no es el de ayer.) (Váse por foro, derecha.)

Timoneda.—¿Vé usted? Ya se enteró la criada; y como no pueden contener la lengua dentro de cinco minutos, la portera y todos los vecinos, saben que tenemos un primo millonario, y que está aquí. Prepárese usted, que llegó el momento de presentarle a mi familia.

Ayuso.—(Indeciso.) Pero y si...

Timoneda.—Nada tema usted; yo no me aparto de su lado. Voy a anunciarle.

(Al irse por la derecha, segundo término, se fija en la botella de coñac; la coge y se la lleva con mímica significativa.)

(¡El cognac... (Aparte.) evitemos el peligro!) (Váse.)

Ayuso.—¡Cada vez me alegro más de haberme presentado de incógnito, porque si llego a fiarme de... menudas cosas voy a descubrir aquí!

ESCENA XI

AYUSO y PACO, que entra de prisa y excitado por el foro

Paco.—La criada me ha dicho en la escalera... (Desde el foro, viendo a Ayuso.) ¡Ah! ¿Es usted?...

Ayuso.—¿Quién?
Paco.—El primo Teodoro.
Ayuso.—(¿También éste? Seguiré fingiendo.) El mismo; servidor de usted.
Paco.—¡¡Papá de mi alma!! (Dirigiéndose a Ayuso con los brazos abiertos, después de dejar sobre una silla los utensilios de afeitar.)
Ayuso.—¿Papá? (¡Pues éste no es la hija!)
Paco.—No le ha dicho el señor Timoneda...
Ayuso.—¡Sí, pero yo comprendí que era usted... hija!
Paco.—No. La hija es mi novia, Pepa Rizotto.
Ayuso.—(Riendo.) ¡Ah, ya! Esa a quien he regalado tres mil pesetas...
Paco.—Justamente. Y yo soy su prometido; ¡la adoro! ¡me adora! y sólo nos falta para ser felices, que usted consienta en nuestra unión.
Ayuso.—¡Ah! Pues con mil amores. Por mí, no hay inconveniente.
Paco.—¡Oh! ¡Qué dicha! ¡¡No puede usted imaginarse el entusiasmo que produce el hallazgo de un padre desconocido!! Espéreme aquí cinco minutos solamente. ¡No se vaya, por Dios! ¡Voy a afeitar de prisa y corriendo al magistrado señor Cortina, que vive arriba, y volaremos a casa de Pepita, para que conozca a su padre! ¡¡A nuestro padre!!... ¡¡¡Adiós, papá!!! (La abraza y besa con efusión.)

(Váse por el fondo, dejándose olvidados los utensilios de afeitar, sobre la silla.)

Ayuso.—¡Nada, nada! Aquí hay una hija sin padre... ¡Caracoles! Será el mismo señor Timoneda...

ESCENA XII

AYUSO, CLEMENTINA, PAULINA, FANNY, TIMONEDA
(por la derecha, 2.º término.)

Paulina.—¿Dónde está?
Clementina.—¿Dónde?
Timoneda.—¡¡Ahí le tenéis!!
Fanny.—¡¡Tío de mi alma!!
Paulina.—¡Tío de mi vida!
Clementina.—¡¡Queridísimo Teodoro!!
(Las tres le abrazan y besan.)
Timoneda.—(¡Le van a ahogar!)
Paulina.—¡Si usted supiera con qué ansiedad le hemos estado esperando!
Fanny.—¡Y Roberto que le anda buscando desde ayer!
Clementina.—Esta vez no le dejaremos escapar.
Paulina.—Ya tiene usted su cuartito preparado... y...
Timoneda.—(¡María Santísima!)
Ayuso.—Señoras mías, son ustedes muy amables, pero...
Timoneda.—(Interrumpiéndole.) Pero desgraciadamente, Teodoro tiene que marcharse en seguida. Sus negocios... ¿Verdad Teodorito?
Ayuso.—Sí... es imposible...
Clementina.—¡Cómo! ¿Quiere dejarnos ya?
Fanny.—¡Si apenas hemos tenido tiempo de conocerle!
Paulina.—¡No; eso no lo consentimos!
Timoneda.—Hijas, no os molestéis. Por todos los santos de la corte celestial le he suplicado que demore ese viaje, y no lo he podido conseguir.

Paulina.—¡Oh! Pero si se lo rogamos nosotras... (Acaricia con mucho mimo a Ayuso.)

Clementina.—Vamos; siquiera un par de días...

Fanny.—(Id.) ¿Verdad, tiíto, que se queda?

(Las tres mujeres le rodean.)

Paulina.—¡Diga usted que sí, tío!

Las tres.—¡Ay, sí, sí!

Timoneda.—No le atormentéis de esa manera. ¡Ya habéis oído que es imposible!

Ayuso.—Efectivamente; debía marchar hoy mismo.

Timoneda.—¿Lo oís?

Ayuso.—Pero no puedo resistir a los amables ruegos de familia tan cariñosa... y...

Paulina.—(Palmoteando.) ¡Bravo! ¡Nuestro tío se queda!

Timoneda.—(¡Qué imbécil!) (Aparte a Ayuso, dándole un golpe en el costado.) (¡No! ¡Eso no!)

Paulina.—(Abrazándole.) ¡Gracias, tiíto!

Ayuso.—(La besa en la frente.) Yo soy el obligado. (Clementina se dirige con los brazos abiertos hacia Ayuso; pero éste retrocede, mientras se interpone Timoneda amoscado.)

Timoneda.—¡Que estáis abusando!

Paulina.—¡Pero, papá! Si es nuestro bienhechor.

Clementina.—¿Con qué menos podemos corresponder a su esplendidez para con nosotros?

Ayuso.—¡Bah!... No vale la pena; ¿qué son para mí... (cuánto?) (Aparte, a Timoneda.)

Timoneda.—(2.000 pesetas.)

Ayuso.—2.000 pesetas mensuales? Comparadas con el inmenso favor que me hizo... este...

Timoneda.—No hablemos de eso.

Clementina.—¿Y cómo no ha traído usted a su esposa?

Fanny.—¿Pero tiene esposa?

Timoneda.—Hijas... ¿no os he dicho ya que Teodoro es viudo? (Señas a Ayuso.)

Paulina.—¡Ah!... ¿La pobre tía?...

Timoneda.—¡Murió! (La maté.)

Ayuso.—¡La mató!... (A ellas.)

Timoneda.—La mató, un boticario, que equivocó la medicina.

Ayuso.—(¡Qué tío tan sinvergüenza!)

Clementina.—¡Qué desgracia!

Fanny.—Pero no renovemos las penas del tío y celebremos su venida bebiendo unas copitas...

Clementina.—Sí; vamos al comedor.

Timoneda.—(Presuroso.) ¡¡¡No!!! ¡¡Nada de alcohol!! Desde lo del boticario, Teodoro no bebe más que agua.

Clementina.—¿Es cierto?

Ayuso.—Efectivamente, no acostumbro... pero por no desairar a ustedes...

Timoneda.—(¡Este me compromete!)

Clementina.—Pues vamos.

Fanny y Paulina.—¡Vamos!

Ayuso.—(¡Qué va a decir esta gente cuando sepa quién soy!)

(Se oye dentro, izquierda, el timbre del teléfono.)

Timoneda.—(¡Cielos! ¡Llaman al teléfono!)

(Maquinalmente gritando hacia la 2.ª izquierda.)

¡Voy! (¡¡No beba usted, por Dios!!) (A Ayuso.) Soy con vosotros, en seguida.

(Vánse los cuatro por 2.ª derecha.)

(¡A mí me va a dar algo!) (Yéndose por la 2.ª izquierda.)

ESCENA XIII

CAROLINA y TERESA, por el foro. Teresa tiene todo el aspecto y modales de una señora de pueblo

Carolina.—Pase usted, señora.

Teresa.—¿Pero mi marido está aquí?

Carolina.—Sí, señora. ¿No dice usted que es don Teodoro? ¿Primo del señor Timoneda?

Teresa.—Justamente. (Asombrada.) Habremos equivocado el sitio de la cita, y quizás cansado de esperarme... porque... verá usted... nosotros, vivimos desde hace un par de meses en un pueblecito de aquí cerca, en Bellavista, y, al enterarnos de que la familia de mi esposo residía aquí, resolvimos venir a verlos, de paso que hacíamos una infinidad de encargos. Nos citamos en la Glorieta; he esperado más de media hora, y ya cansada, decidí venir a esperarle aquí, en la creencia de que él no habría venido aún. Pero estoy rendida; todo el día andando, y tan cargada...

(Se sienta en el borde de la silla en que hay los utensilios de Paco.)

Carolina.—¿Por qué no tomó usted un coche?

Teresa.—¿Un coche? ¿Se figura usted que soy alguna millonaria? No, hija; los tiempos no están para despilfarros.

Carolina.—Pues con tanto dinero como tiene su esposo, bien podían ustedes...

(Se oyen dentro voces y chocar de copas.)

Clementina.—(¡A la salud de Teodoro!...)

Paulina.—(¡¡Viva el tío!!)

Carolina.—Oiga usted como festejan la llegada...

Teresa.—Sí. Pero ¿de dónde saca usted que mi marido es rico?

Carolina.—(Enseñándole el fajo de billetes.) Mire usted; acaba de hacerme cambiar un billete de mil pesetas...

Teresa.—¿Ese dinero es de mi marido?

Carolina.—Sí, señora.

Teresa.—(Cosa más rara...) Pues venga. (lo toma.) Yo misma ajustaré con él, las cuentas... (se guarda los billetes.)

Carolina.—Como usted guste, señora.

Teresa.—Haga usted el favor de decir que estoy aquí.

Carolina.—En seguida.

(Al hacer mutis, se oye el timbre de la calle.)

Llaman. Vuelvo a escape. (Mutis foro.)

Teresa.—Mi marido, un billete de mil pesetas... y ahí, de francachela, sin esperarme? ¡Es muy extraño!

ESCENA XIV

TERESA y PACO

(Este entra disparado buscando por todas partes.)

Paco.—¡Indudablemente me las he dejado aquí! Señora; (A Teresa.) ¿no estará usted sentada, por casualidad, sobre mis navajas?

Teresa. — (Dando un grito y levantándose horrorizada.) ¡Ah!

Paco.—(Recogiendo sus navajas.) ¡Ya decía yo!

Teresa.—¿A quién se le ocurre...?

Paco.—Usted dispense, pero es tal mi alegría

que no sé lo que me hago. ¡No todos los días se encuentra un padre como el señor Bolaños, que regala 3.000 pesetas a su hija!

(Pasa Carolina, del foro derecha, a la 2.ª derecha.)

Teresa.—¿Bolaños?

Paco.—Sí; don Teodoro Bolaños, primo del señor Timoneda.

Teresa.—¿Y dice usted que tiene una hija?

Paco.—Sí, señora; mi novia.

Teresa.—¡No es posible!

Paco.—¡Ya lo creo! ¡Pruebas cantan! (Sacando los billetes de Banco y enseñándoselos.) ¡Tres mil pesetas! (Volviéndoselos a guardar.)

Teresa.— (Estupefacta.) (¡Dios mío!)

Paco.—Y adiós, señora; llevo mucha prisa.

Teresa.— (Deteniéndole.) ¡Un momento!...

Paco.—¡No puede ser! Usted dispense... (Váse por el foro, cantando.) «¡En las lides del amor!...»

Teresa.—Yo no puedo creer... aquí debe haber un error.

ESCENA XV

TERESA, CLEMENTINA y CAROLINA, por 2.ª derecha

Clementina.— (Detrás de Carolina.) ¡No es posible! ¡Habrás oído mal!

Carolina.— (Señalando a Teresa.) Aquí la tiene usted. (Váse por el fondo.)

Clementina.—¿Usted es la señora de Bolaños?

Teresa.—Sí, señora.

Clementina.—Pero... ¿no murió usted?

Teresa.—¿Quién ha dicho semejante cosa?

Clementina.—Su marido de usted, hace diez minutos.

Teresa.—¡Qué barbaridad! ¡Mi marido viudo! Señora...

ESCENA XVI

Dichas, AYUSO, FANNY y PAULINA

Ayuso.—(Por la derecha.) (Esta situación se hace insostenible.)

Fanny.—Mamá... ¡Ah! Señora... (Viendo a Teresa, a la que saluda; ésta contesta con una inclinación.

Paulina.—Vamos a enseñarle al tío el jardín; ¿vienes?

Clementina.—Sí; id vosotras, que en seguida voy yo con él.

Fanny.—Bueno.

(Vánse las dos por el foro izquierda.)

Clementina.—Don Teodoro... esta señora... pretende ser su esposa. (Después de una pausa intencionadamente.)

Teresa.—(¡Cómo!)

Ayuso.—Señora... tanto honor... yo agradezco muchísimo... pero me es imposible acceder a sus pretensiones, porque soy casado.

Clementina.—¿Casado? ¿Pues no ha dicho usted que es viudo?

Ayuso.—(¡Demonio!) Sí, señora; es decir...

Teresa.—Pero este señor...

Clementina.—Es don Teodoro Bolaños, nuestro pariente.

Teresa.—¡Ca! Eso es falso. Este señor es un embustero, un farsante; ni se llama

así, ni es mi marido ni yo le he visto en mi vida.

Clementina.—¿Es posible?

Teresa.—¡Aquí hay un error... o un lío que yo necesito descubrir cuanto antes! Corro en busca de mi esposo; y estas mil pesetas... no; me las llevo, por si acaso!

Clementina.—Pero...

Teresa.—¡¡Déjenme ustedes en paz!!

(Sale precipitadamente por el foro.)

Clementina.—¿De manera... que no es usted nuestro primo Teodoro?...

Ayuso.—Señora... yo soy...

Clementina.—¡¡Que nos ha engañado usted!! ¡¡Que nos ha tomado el pelo!! ¡¡Y se ha dejado obsequiar... y hasta ha consentido que le besen mis hijas!!... ¡¡Que le abrace yo!!...

Ayuso.—Señora... las circunstancias me han obligado... su esposo de usted...

Clementina.—¡Sí; basta! Ahora comprendo... esa señora tiene razón; aquí hay un lío muy gordo, y mi marido... caballero... tenga usted la bondad de esperar aquí un momento, mientras yo averiguo...

Ayuso.—Antes, debo decir a usted...

Clementina.—No; ¿para qué? Es inútil; hasta que yo hable con mi esposo... son cinco minutos; se lo ruego a usted.

Ayuso.—Bien, señora. (Desde aquí me enteraré...) (Entra en 1.ª derecha.)

Clementina.—(Cierra con llave.) ¡Este ya está seguro!

ESCENA XVII

CLEMENTINA y FERNANDEZ

Fernández.—Buenas tardes, señora. Usted dispense que me haya colado de rondón, pero encontré la puerta abierta, y... El señor de Timoneda está en casa?

Clementina.—Sí, señor; quién le digo que...

Fernández.—Yo soy... (Recordando.) (¡Ah, sí!) (Alto.) Yo soy Teodoro Bolaños, primo de ustedes.

Clementina.—(¿Otro? ¿Será éste el verdadero?) ¡Cuánto me alegro! No ha podido usted llegar más oportunamente. (Estrechándole ambas manos.)

Fernández.—¡Lo celebro mucho!

Clementina.—Porque así se descubrirá la farsa. ¡Figúrese usted que en esa habitación, hay un sujeto que... tuvo la osadía de hacerse pasar por usted! Dice que se llama lo mismo.

Fernández.—No es extraño; el apellido Fernández es tan vulgar...

Clementina.—¿Pero usted se llama Fernández?

Fernández.—Sí; digo... no... digo... verá usted...

Clementina.— (Aparte.) (Esa turbación... Veamos.) Afortunadamente, se encontró aquí con la señora de usted, la cual me hizo descubrir el enredo.

Fernández.— (Perplejo.) ¿Mi señora? (Aparte.) (Tengo mujer... De esto no me habló el notario.)

Clementina.—Usted está tan interesado como nosotros en desenmascarar a ese far-

sante que ha querido suplantarle, sabe Dios con qué objeto; y como indudablemente us ed traerá documentos que acrediten su personalidad... nada más fácil.

Fernández.—Cierto... pero es el caso...

Clementina.—Tarjetas... la cédula personal...

Fernández.—Sí, sí; pero... yo no llevo nunca cartera, porque como roban tantas...

Clementina.—(¿Será otro farsante? Pero ¿con qué objeto...?)

Fernández.—Sin embargo... si usted duda... voy en un momento a mi casa...

(Medio mutis. Clementina le detiene.)

Clementina.—¡No! Luego; hay tiempo para todo; y puesto que desea usted hablar con mi esposo, pase usted aquí... y en seguida vendrá. (Indicándole la 2.ª derecha.)

Fernández.—Pero...

Clementina.—En seguida, en seguida; es cuestión de cinco minutos.

Fernández.—(Esta señora sospecha algo.) (Entrando en la derecha, segundo término.)

Clementina.—¡Así! (Este, tampoco se escapa. Ahora veremos...) (Cerrando la puerta con llave.)

ESCENA XVIII

CLEMENTINA y CAROLINA por el foro derecha, con la cara tiznada

Carolina.—Señora.

Clementina.—¿Qué ocurre?

Carolina.—Ha venido el fumista para limpiar la cocina y la...

Clementina.—¡Ah, sí! No recordaba que habían de venir hoy. Pues que las lim-

pien; pero que no pongan toda la casa como la han puesto a usted la cara. (Con sorna.)

Carolina. — (Limpiándose la cara con el delantal.) ¿A mí? ¡¡Ay!! (Al ver el delantal el manchón negro.) Señora... es que...

Clementina.—Y esa carta...

(Doña Clementina, ve una carta que se le ha salido a Carolina del bolsillo del delantal.)

Carolina.—Es para la señorita Paulina; la han traído hace un momento.

Clementina.—Pues désela usted. Estará en el jardín.

(Váse Carolina foro derecha y cruza al foro izquierda con el fumista.)

ESCENA XIX

CLEMENTINA, TIMONEDA, por la izquierda, 2.º término

Timoneda.—Este servicio telefónico es una calamidad. Dos horas para poder entenderse...

Clementina. — ¡Señor marido! (Con solemnidad cómica.)

Timoneda.—¿Qué hay? ¿Por qué pones esa cara? ¿Dónde está el primo Teodoro?

Clementina. — (Con sonrisa burlona, señalando la puerta derecha, primer término.) Ahí dentro... bajo llave.

Timoneda.—¿Le has encerrado?

Clementina.—Al primo Teodoro, no... al impostor que quiere pasar por tal.

Timoneda.—(Aparte.) (¡Demonio!) Pero... ¿estás segura...?

Clementina.—Segurísima; y no sé con qué objeto... ¿no te parece muy extraño?...

Timoneda.—(¡Calma y diplomacia!) (Alto.) ¿Sabes, Clemen, que desde el primer momento, yo también sospeché algo?

Clementina.—Sí, ¿eh?

Timoneda.—¡Sí; dame la llave, que yo me entenderé con él!

(Clementina da la llave de la 1.ª derecha.)

Clementina.—¿Y qué hacemos con el otro?

Timoneda.—¿Con qué otro?

Clementina.—Con el otro primo Teodoro.

Timoneda.—¡Ay!... ¡ay!... ¿Hay otro primo?... ¿Dónde? (Azoradísimo.)

Clementina. — (Señalando a la puerta derecha segundo término.) Allí. Bajo llave también. Y ese tampoco debe ser el verdadero, porque quería marcharse sin verte...

Timoneda.—Pues, hija mía... yo no sé qué decirte... porque si fuese para coger dinero... comprendo la superchería, pero para darlo...

Clementina.—(Intencionadamente.) ¿Y tú estás seguro de que esa pensión...?

ESCENA XX

Dichos y PAULINA, por el foro izquierda, de prisa

Paulina.—¡Papá!... ¡Mamá!... Quizá hago mal en decirlo... porque es un secreto, pero... yo creo...

Timoneda y Clementina.—¿Un secreto?

Paulina.—El padre de Ernesto, por lo visto, quiere daros una sorpresa, hoy mismo.

Clementina.—¿Una sorpresa?

Timoneda.—Será la de pedir tu mano; ya me lo indicó su hijo.

Paulina.—Bien; pero es que en esta carta, que acabo de recibir, me dice Ernesto reservadamente, que su padre se presentará de incógnito, bajo cualquier pretexto, para averiguar...

Timoneda.—Sí, sí; comprendido. Para convencerse por sí mismo, de si somos dignos...

Paulina.—Pero... ¡por Dios! no digáis que yo he descubierto...

Clementina.—No, descuida; has hecho muy bien; déjanos.

(Váse Paulina por foro izquierdo.)

(¿De incógnito?)

ESCENA XXI

Dichos, AYUSO, luego CLEMENTINA, luego ERNESTO, luego FERNANDEZ

Timoneda.—(¿Será uno de esos dos?)

(Después de una pausa y mirándose los dos con temor.)

Clementina.—¡Eduardo!

Timoneda.—¡Clementina!

Clementina. — ¿Habré encerrado al señor Ayuso?

Timoneda.—De seguro.

Clementina.—¿Y cuál de los dos será?

Timoneda.—¿Yo qué sé? Tú que los has visto, podrás deducir, por su aspecto...

Clementina.—La verdad... yo no me atrevo a asegurar...; pero mi instinto de mujer, me dice que el ex-cónsul, es aquel. (Señalando la 2.ª derecha.)

Timoneda.—Pronto lo sabremos; puesto que

tú eres la que le has encerrado, tuyas deben ser las excusas; discúlpanos, y yo, mientras, me entenderé con este granuja! (Señalando 1.ª derecha.)

Clementina. — Sí, sí. ¡Estará ofendidísimo! (Váse por la 2.ª derecha.)

Timoneda.—(En voz baja, abriendo la 1.ª derecha.) Fernández. ¡Salga usted en seguida!

(Se oye el timbre y a poco, pasada de Carolina.)

Ayuso.—Caballero...

Timoneda.—¡¡Es usted un imbécil!! ¡¡Ha metido usted la pata!!

Ayuso.—Señor mío... basta de farsa. ¡Estoy enterado de todo, y puesto que su hija me ha descubierto, sepa usted que el señor Ayuso, el padre de Ernesto, el ex-cónsul y el representante de la «Electric Society, de Panamá» soy yo!

Timoneda.—(¡¡Horror!!) Caballero... yo...

Clementina. — (Saliendo de la 2.ª derecha, consternada.) ¡Eduardo! El señor Ayuso está bebiéndose la botella de «cognac» y no quiere salir; sospecho...

Timoneda.—Clementina... el señor Ayuso, es éste; tu instinto de mujer...

Clementina.—Yo suplico a usted...

Ernesto.—(Que entra rápido por el foro, derecha, y sin ver a Ayuso por dejar sombrero y bastón al foro izquierda mientras habla.) ¡Don Eduardo! ¡Gran noticia! ¡¡La caja del «Edén», ha sido robada!!

Timoneda.—(Aterrado.) ¿Cómo?

Ernesto.—(Viendo a Ayuso.) ¡Papá! ¡Tú aquí, tan pronto! Ya te habrás convencido...

Ayuso.—Sí; demasiado...

Timoneda y Clementina.—Pero...

Fernández.—(Por 2.ª derecha, con la botella en la mano y casi borracho.) ¡Superior! ¡¡De primera!!

Timoneda.—(¡Este me va a perder!)

Clementina.—¿Pero quién es este hombre?

Timoneda.—¿No lo ves? ¡¡Un sirvergüenza!!

Fernández.—¡¡Yo soy el primo Teodoro!! El notario...

(Fernández ha bajado algo a primer término y en cambio Ayuso con Ernesto, ha subido al segundo de la derecha.)

ESCENA XXII

Dichos y CAROLINA, por el foro izquierda

Carolina.—Señora... dice el fumista... ¡Anda! ¿Ese punto aquí? (Por Fernández.)

Clementina.—¿Cómo?

Carolina.—Sí... ¡Es el que el domingo, en el Ibérico, se empeñó en bailar conmigo a la fuerza y mi novio le dió una bofetada!

Ayuso.—(A Ernesto.) (Vete enterando, hijo mío.)

Fernández.—(Reparando en Carolina y queriendo abrazarla.) ¡Hola!

Carolina.—(Huyendo por el foro derecha.) ¡Déjeme usted en paz!

Clementina.—(A Fernández.) ¡Salga usted de aquí inmediatamente!

Fernández.—Antes, tengo que decir al señor Timoneda...

Timoneda.—¡A mí no tiene usted que decirme nada! ¡Largo de aquí! ¡So trasto! ¡¡Tencr.o de cocina!! (Echándole por el foro, a empellones.)

Clementina.—¡Ay... señor Ayuso... usted dispense!

Ayuso.—Señora... no hay de qué. Usted no tiene la culpa... y ya... descubierto ese farsante y descubierto yo... todo se arreglará satisfactoriamente; ¿verdad, señor Timoneda? (Intencionadamente.)

Timoneda.—Sí... sí, señor. (Yo explicaré a usted...) (Aparte.)

Clementina.—(A Timoneda.) Esposo mío, no te ofendas, pero ya empezaba yo a creer que toda esa historia del primo Teodoro no era más que una fábula...

Timoneda.—¡Clementina! ¿Es posible que me consideres capaz de semejantes trapisondas?

(Se oye el timbre.)

Ernesto.—Pues ahora, si ustedes no tienen inconveniente, yo deseo que mi padre...

Ayuso.—No, espera; antes he de hablar contigo detenidamente.

ESCENA XXIII

Dichos, TEODORO, que aparece en el foro, y con los brazos abiertos

Teodoro.—¡Gracias a Dios que puedo abrazarte, queridísimo Eduardo! ¡Aquí me tienes! Señora... Caballeros... (Saludándoles después de abrazar efusivamente a Timoneda.)

Timoneda.—¿Pero tú, quién eres?

Teodoro.—¿No me conoces? ¡Claro! ¡Después de tantos años... y sin la barba... soy Teodoro, tu primo!

Clementina.—¿Otro?

Ayuso.—(¡Y van tres!)

Timoneda.—(Fijándose.) (¡Sí! ¡Es él! ¡¡Abrete, tierra!!)

Teodoro.—¿Esta será tu esposa?

Clementina.—Servidora. Pero...

(Timoneda queda apoyado en la mesa, casi desvanecido.)

Teodoro.—¿Qué os pasa? (Con extrañeza.)

Clementina.—(Con desconfianza.) ¿Usted es, realmente, Teodoro Bolaños?

Teodoro.—Al menos, por tal me ha tenido hasta ahora todo el mundo.

Clementina.—Usted dispense, porque...

ESCENA XXIV

Dichos, TERESA, por el foro, agitadísima, dirigiéndose a Teodoro, después CAROLINA, luego FANNY y PAULINA

Teresa.—¡Ay! ¡Al fin te encuentro! Esperándote dos horas en la glorieta!

Teodoro.—¡Pero mujer! ¡Si te cité en el café de la Glorieta, donde me he cansado de esperarte!

(Pasada de Carolina al foro izquierda.)

Teresa.—¡Ah!

Clementina.—Entonces, no hay duda... usted es el verdadero primo Teodoro; nuestro bienhechor.

Teodoro.—¿Bienhechor?

Clementina.—¡El que con tanta esplendidez nos favorece!

Teodoro.—¿Yo?

Clementina.—(A Ayuso y Ernesto.) ¡Nos ha señalado una pensión de 2 000 pesetas mensuales!

Teresa.—¿Tú? ¿Luego lo del dinero es cierto? Y quizás lo de la hija...

Teodoro.—¿Qué dinero? ¿Qué hija?
Timoneda.—(¡Dios mío!)
Teresa.—La novia del peluquero.
Clementina.—¡A la que ha regalado usted por conducto de Eduardo 3,000 pesetas!
Teodoro.—¿Yo?
Teresa.—¿Y estas 1,000... (Enseña los billetes de Banco.) que hiciste cambiar?...
Ayuso.—(A su hijo.) (Ve tomando nota. ¡Qué familia!)
Teodoro.—¡Yo te juro que ni ese dinero es mío, ni tengo ningún hijo peluquero, ni he señalado pensión alguna, ni sé quién ha inventado todo esto!
Clementina.—¿No?
Teresa.—Entonces...
Timoneda.—(¡Una muerte repentina!)
Clementina.—(Dirígese furiosa a Timoneda, le coge por un brazo y le zarandea.) ¡Impostor! ¿Te has burlado de nosotros?... Pero y ese dinero, ¿de dónde ha salido tanto dinero? (Dramáticamente.)

CAROLINA, por la primera izquierda, con la caja que trajo el Notario

Carolina.—¡Señora! Mire usted lo que acaban de encontrar los fumistas en la chimenea del cuarto del señor.
Timoneda.—(¡¡Horror!!)
Clementina.—(Tomando la caja y leyendo horrorizada.) ¡«Edén-Teatro»! ¡La caja del «Edén»!
Ernesto.—¡La que han robado!
Clementina.—(Dirigiendo una terrible mirada a Timoneda.) ¡Eduardo! ¿Qué has hecho?
Ernesto.—(¿Será posible?)
Teresa.—(¡Pues vaya unos parientes!)

Clementina.—¡¡Tú, ladrón!! ¡¡Ay, ay!!

Ayuso.—(¡Esto es el colmo! ¡Vámonos de aquí, inmediatamente!)

Ernesto.—Pero...

Ayuso.—¡Vamos! (Vánse por el foro.)

Teodoro.—¡Eduardo! ¡habla! Es necesario...

Paulina. —¿Qué voces son esas? (Por el foro izquierdo.)

Fanny.—¿Qué sucede?

Clementina.—¡¡Hijas mías!!

Timoneda.—(¡No hay escape! ¡Yo me finjo loco!) ¡Ay! ¡ay! «¡Arza y toma! Yo tengo un morrongo...» (Cantando y bailando.)

Fanny y Paulina.—¡¡Papá!!

Clementina.—¡¡Eduardo!!

Timoneda.—¡Ja! ¡ja! ¡ja!... «Tápame... Tápame...! (Idem.)

CÁE EL TELÓN



ACTO TERCERO

Despacho del Inspector, en la Inspección de Vigilancia. Puerta al foro. Una en la lateral derecha y otra a la izquierda; dos mesas de oficina, con papeles y legajos: dos sillones y varias sillas. Percha en el foro derecha para colgar ropa. Algunos cuadros, propios del sitio. Aparato modesto de luz eléctrica, en el centro. Es de noche. Las dos puertas, en segundo término.

ESCENA I

El INSPECTOR, leyendo un periódico. en su mesa, a la izquierda

Inspector.—«De Herodes a Pilatos. Desde que »fué nombrado recientemente nuestro »flamante Inspector, los ladrones cam»pan por su respeto, como en país con»quistado. Nunca son habidos.» Pero ¿qué querrán los periodistas que haga la policía cuando el ladrón huye sin que nadie le vea y sin dejar el menor rastro ni indicio de su personalidad? ¿Vamos a ser adivinos? ¿Por qué no los capturan ellos que lo saben todo? Veremos lo que dicen ahora del suceso

del «Edén». En cuanto me dieron parte del robo de la caja y supe por el fumista que ésta había aparecido escondida en casa del señor Timoneda, ya están en mi poder la caja y el presunto delincuente. ¿Se puede hacer más?

ESCENA II

Dicho, GUARDIA 2.º y CASCALES

Guardia 2.º—Señor Inspector.

Inspector.—¿Qué ocurre?

Guardia 2.º—Este caballero, desea hablar con usted. (Entregándole una tarjeta.)

Inspector.—¿Se le pasó el ataque al detenido?

Guardia 2.º—Sí, señor; ahora está como adormilao.

Inspector.—Bien. Que pase ese individuo.

(Váse el Guardia foro derecha.)

Naturalmente, ahora empezarán a venir todos los amigos... la familia... ¡qué mareo!...

(Entra Cascales, por foro derecha, agitado.)

Cascales.—Señor Inspector...

Inspector.—Muy señor mío. (Levantándose e indicando a Cascales que se siente.)

Cascales.—Yo soy el yerno del señor Timoneda; y vengo a manifestar a usted que al proceder a su detención, ha debido cometerse, indudablemente, un error lamentable. Cuando he regresado a casa, hace un momento, mi familia me ha relatado todo lo sucedido durante mi ausencia, y si bien es cierto que la caja ha aparecido oculta en la

chimenea de su cuarto, y que el señor Timoneda no ha presentado prueba alguna de su inocencia, debe tenerse en cuenta su ataque de enagenación mental al verse acusado del robo; ¡esto mismo demuestra su inculpabilidad!

Inspector.—Y ¿no cree usted posible que esa locura sea fingida para eludir...?

Cascales.—No, señor Inspector. Mi suegro, como sabe todo el mundo en la población, y como debe usted saber, es una persona honradísima, de cuya conducta intachable nadie ha dudado jamás en los treinta y cinco años que lleva viviendo aquí; está relacionado con lo más distinguido de esta sociedad, y es el director-propietario de «El Apostolado del buen ejemplo».

Inspector.—Eso es muy cierto. Pero todos los ladrones han sido honrados antes de cometer el primer robo; y usted comprenderá que la policía tiene que obrar por los indiciòs, hasta que el juez aclare los hechos. Aquí se me ha presentado el caejro del «Edén», manifestando que de su mismo despacho, le habían sustraído la caja de los fondos; poco después se personó un fumista diciendo que en casa del señor Timoneda había hallado el cuerpo del delito, oculto en la chimenea, y como es conocido de todo el mundo el odio que ese señor profesa al «Edén-Teatro», es lógico suponer que de todos los actos realizados en perjuicio de dicho negocio, sea autor, o, al menos, cómplice el señor Timoneda; yo mismo, dados sus antece-

dentes, me resisto a creer que él sea el verdadero culpable en este caso... pero todas las pruebas le acusan y...

Cascales.—Sin embargo... según lo manifestado por él, en el momento de la detención, el notario señor Vega puede demostrar su inocencia.

Inspector.—Por eso, uno de mis agentes, fué sin pérdida de tiempo, en busca del notario; pero éste no se halla en su casa. Ha salido precipitadamente para casa de un señor que está agonizando y que desea hacer testamento «in articulo mortis». Tan pronto como termine ese urgentísimo servicio, vendrá y veremos lo que dice.

Cascales.—Bien, señor Rodríguez... en ese caso... poco hemos de tardar en saber la verdad... y yo suplico a usted que hasta entonces, ni se dé parte del hecho al juzgado, ni se tome ninguna determinación que pueda comprometer más aún al señor Timoneda.

Inspector.—Yo prometo a usted complacerle, dentro de lo que el cumplimiento de la Ley me permita; por lo pronto tenemos 24 horas...

Cascales.—Gracias. Y ¿ha vuelto a tener algún ataque?...

Inspector.—Agresivo, no. Canta, llora... ríe... pero nada más.

Cascales.—¿Tiene usted algún inconveiente en que vengan a verle sus hijas y su esposa?

Inspector.—Ninguno; estando tranquilo...

Cascales.—Pues hasta luego, señor Inspector.

Inspector.—Servidor de usted.

(Váse Cascales, foro.)

La verdad es que, si en efecto, fuese inocente... la situación de este pobre señor... pero ¡ca! ¡es indudable!... si hasta tiene en su apellido la prueba de que está predestinado para el robo... Timoneda... «Timo»... y «moneda»... ¿más claro?... ¡Hay que fijarse en todos los detalles!...

ESCENA III

Dicho, GUARDIA 1.º y FERNANDEZ

Guardia 1.º—Señor Inspector: ahí traen a un sujeto, bastante alumbrado, que estaba en la puerta del jardín del «Edén», llamando a gritos al señor Timoneda, y diciendo que es su primo Teodoro.

Inspector.—¡Hombre! Tráiganle aquí.

(Váse el guardia.)

Puede que ese nos dé alguna luz... ¿quién sabe? Quizá por lo mismo que está alumbrado...

Guardia 1.º—(Conduciendo a Fernández.) Este es.

Fernández.—¡Hola! ¿Qué tal? (Sin descubrirse.)

Inspector.—Oiga usted; lo primero que se hace al entrar aquí, es quitarse el sombrero.

Fernández.—Yo no he tolerado nunca que nadie me dé lecciones de buena educación.

Inspector.—Ya se le conoce a usted.

(El guardia, le quita el sombrero y se lo entrega.)

Fernández.—Muchas gracias.

(Váse el guardia.)

Inspector.—Bueno, vamos a ver. ¿Usted conoce al señor Timoneda?

Fernández.—¡Anda! ¡ya lo creo! Y a su mujer... y a la criada que tienen, que es de... primera... y gastan un «cognac» mejor que la criada...

Inspector.—¡Bueno!

Fernández.—¡Buenísimo! ¡Sí, señor!

Inspector.—¿Y usted... es pariente de ese caballero?

Fernández.—Primo. Soy su primo Teodoro, pero me llamo Fernández, para servir a usted.

Inspector.—¿Trae usted la cédula personal?

Fernández.—No, señor; no la he sacado.

Inspector.—Entonces... ¿cómo acredita usted?...

Fernández.—Me conoce mi primo... y su mujer... y el notario...

Inspector.—¿Qué notario?

Fernández.—Mi principal... el señor Vega... que es el que me ha comprado... vamos... alquilado... para salvar al señor Timoneda.

Inspector.—(¡Hola!) Explique usted eso.

Fernández.—Verá usted... yo le salvé la vida... no sé cómo.

Inspector.—¿Al Notario?

Fernández.—No, señor; a mi primo; y él, me señaló una pensión de... de 2,000 pesetas diarias.

Inspector.—(¡Qué barbaridad!)

Fernández.—Además... yo tengo una hija natural, de mi primo, y la he regalado tres mil pesetas.

Inspector.—(Este me va a volver loco a mí también.)

Fernández.—Y yo tengo que ver a mi primo... o al Notario... porque no me han pagado todavía.

Inspector.—(Indudablemente, un careo... entre éste y el otro... aclararía...) Pues ahora mismo va usted a verle.

(Ha tocado el timbre, y ha aparecido en el foro el Guardia 2.º)

Traiga usted a ese caballero detenido.

(Váse el Guardia por el foro, izquierda.)

ESCENA IV

Dichos y TIMONEDA, con el pelo y la ropa en desorden

Fernández.—¡Ah!... ¿pero aquí detienen a los caballeros?

Inspector.—Silencio. Señor Timoneda... (A Timoneda que aparece en el foro con el guardia.)

Timoneda.—(Al ver a Fernández.) (¡Este aquí! ¡Si habla estoy perdido!)

Inspector.—Este individuo, está diciendo cosas incomprensibles, relacionadas con usted... y como se halla en ese estado... llamo a usted para ver si podemos averiguar algo que aclare...

Timoneda.—Sí... ¡es claro! que aclare... pero mientras no se aclare su inteligencia... no se puede aclarar nada.

Inspector.—Sin embargo... él le salvó a usted la vida... dice que es su primo Teodoro... que usted le señaló una pensión... que tiene una hija natural de usted...

Timoneda.—(¡Ay! ¡ay!... esto se complica!) Señor Inspector... esos son asuntos privados... en los que no debemos meternos... Además, ¿cómo va usted a dar crédito a las palabras de un beodo?

Fernández.—¡Oiga usted... digo... oye, Teodoro!

Timoneda.—¿Vé usted? Ni yo soy Teodoro, ni este hombre es primo mío...

Fernández.—Entonces ¿por qué me lo dijo el Notario?

Timoneda.—¡Falso! ¡El señor Vega no puede haber dicho semejante cúmulo de disparates! ¡¡Usted está borracho!!

Fernández.—¡Y usted está loco!

Inspector.—Los dos tienen ustedes razón.

Timoneda.—Y mientras no se le pase la borrachera... (¡Dios mío! ¡Que no se le pase!)

Inspector.—Cierto. (Al Guardia, que ha quedado en el foro.) Lléveselo usted, y que le den el amoníaco...

Timoneda.—¡No! (¡Caracoles!) ¡No!... A todos los borrachos no se les puede dar amoníaco; si padece del corazón... ¡Que se lo lleven lejos! Quizá cambiando de aires... ¡a Buenos Aires! ¡¡Lejos!!

Inspector.—Bien, bien; cálmese usted... entre en esa habitación, y espere a que venga el señor Notario, a quien ya he mandado a buscar.

Timoneda.—¡Mientras no venga el Notario, ya he dicho que yo no sé nada! ¡Ni conozco a nadie! ¡¡Ni digo una palabra más!!...

Inspector.—Perfectamente; en seguida será usted puesto en libertad. En seguida. (Hace entrar a Timoneda en la segunda izquierda y cierra con llave.)

Guardia 2.º—Bien hecho; está para que le encierren.

Inspector.—No nos falta más, sino que le repita el acceso de locura! Lo dicho: que le apliquen a este hombre el amoníaco.

(Vánse los dos por foro izquierda.)

ESCENA V

INSPECTOR y GUARDIA 1.º, foro derecha

Guardia 1.º—Señor Inspector; ha venido un periodista... preguntando con mucho interés si sabíamos algo del robo del «Edén»...

Inspector.—Me alegro; ahora se convencerá de que no soy tan bruto como me creen; que pase.

Guardia 1.º—Pero si se ha ido.

Inspector.—¿Cómo?

*Guardia*1.º—Sí, señor; como usted nos recomendó el silencio, le hemos dicho que no sabíamos nada de ese robo y se ha marchado «riyéndose».

Inspector.—¡Claro! ¡Imbéciles! ¡Riéndose de vosotros!... ¡de mí!... ¡del Cuerpo entero!

Guardia 1.º—Pero señor...

Inspector.—¡Quítese usted de delante o hago una barbaridad!

Guardia 1.º—A la orden. (Mutis, foro.)

Inspector.—Tiene muchísima razón la prensa en decir lo que dice de la policía; si nosotros mismos confesamos que no sabemos nada... pero no. Ahora mismo voy a dar parte del hecho a los principales periódicos, con todos los detalles de la captura, etc., etc. ¡Antes soy yo que el señor Timoneda y que su familia y que el mundo entero!

ESCENA VI

Dicho y TEODORO, por el foro

Teodoro.—Un momento, señor Inspector; por lo que veo iba usted a salir.

Inspector.—Sí, señor. ¿Quién es usted? ¿Qué desea?

Teodoro.—Me he enterado de que con motivo del robo del «Edén», han detenido ustedes al señor Timoneda, y como soy su primo Teodoro...

Inspector.—¿Usted también? Pero ¿cuántos primos Teodoros tiene ese caballero?

Teodoro.—Uno, nada más, que soy yo; ya sé que hay otro que se ha hecho pasar por mí, ignoro con qué objeto; pero el verdadero... el auténtico soy yo; aquí tiene usted mi cédula personal, y mis tarjetas.

Inspector.—En efecto... (Leyéndolas.)

Teodoro.—Mi señora...

Inspector.—¿Su señora? ¡Pero si el primo del señor Timoneda, es viudo!

Teodoro.—Será otro primo; porque yo, soy casado hace veintiséis años; mi señora, que estaba conmigo en casa de mi primo cuando estalló el conflicto, está indignadísima, al ver que tenemos un pariente ladrón, pero yo, que no creo capaz a Eduardo de semejante delito, vengo a ver si se ha probado ya su inocencia o, al menos, si se ha dado con las causas que hayan podido inducirle...

Inspector.—Señor mío; hasta ahora todas

las pruebas hacen creer en la culpabilidad del señor Timoneda... pero ¿quién sabe?... quizá esa misma perturbación de sus facultades intelectuales le haya hecho cometer el robo... inconscientemente... y como por esa misma causa, no se puede dar crédito a sus declaraciones...

Teodoro.—¡Pobre Eduardo!

Inspector.—Lo que sería conveniente es que viniese por aquí esa hija natural de usted... para que dijera...

Teodoro.—¡Pero si yo no tengo ninguna hija natural ni artificial!

Inspector.—¿No? Entonces ¿esa hija de quién es?... porque tiene que ser de alguien.

Teodoro.—Es natural.

Inspector.—Sí ya lo sé; pero aunque sea natural... es hija de algún padre... y ¿no podría ser ese padre, el mismo señor Timoneda? (Con misterio.)

Teodoro.—Tal vez... pero yo creo a mi primo incapaz...

Inspector.—No; incapaz no, porque tiene otras dos.

Teodoro.—Pero son legítimas.

Inspector.—¿Que más da? En pudiendo tenerlas, lo mismo se tienen de una clase que de otra.

Teodoro.—Cierto...

Inspector.—Yo la hubiese hecho venir porque su declaración sería de gran importancia... pero como ignoramos su nombre y su domicilio... vaya usted a saber...

Teodoro.—Yo, lo único que sé, es que tiene un novio peluquero.

Inspector.—Pues cualquiera averigua... Y esa

pensión que ha señalado usted a su primo... por haberle salvado la vida...

Teodoro.—Pero señor... si todo eso el falso... si no hay tal pensión... ni tal salvamento... voy creyendo que mi pobre primo está verdaderamente loco...

Inspector.—¡Sí, señor; y lo malo no es eso, sino que nos va a volver locos a todos!

Teodoro.—Pero usted comprenderá que yo necesito aclarar todo esto, porque mi mujer me cree culpable... farsante... bígamo... ese peluquero... la novia del peluquero, el billete que mandó cambiar no sé quién... la pensión...

Inspector.—¡Menudo lío! Cada uno que viene y dice algo, enreda más el asunto. Todos dudan de la culpabilidad del señor Timoneda, pero ninguno presenta pruebas de su inocencia.

Teodoro.—Sin embargo... mientras no se demuestre que es culpable...

Inspector.—¡Ah! Pero mientras no nos conste que no lo es... Mire usted, la familia del señor Timoneda, no debe tardar en venir; yo he de retirarme por breves momentos para un caso urgente; y si usted desea aclarar los hechos... espéreme aquí... y en cuanto llegue el notario, señor Vega, sabremos la verdad. Ahora daré orden, para que todo el que venga, relacionado con este asunto, pase, y me aguarde. Vuelvo en seguida.

Teodoro.—Servidor de usted.

(Váse el Inspector, foro derecha. Desde la mitad de esta escena, el Guardia 1.º ha cruzado varias veces por el foro.)

Teodoro.—Es incomprensible todo esto...

ESCENA VII

TEODORO y GUARDIA 1.º

Teodoro.—(Al guardia que cruza por el foro.) Oiga usted... guardia... ¿Fué usted de los que detuvieron al señor Timoneda?

Guardia 1.º—Sí, señor; yo, y Rodríguez; pero el que le ató fué un servidor.

Teodoro.—¡Qué atrocidad! ¿Le han traído atado?

Guardia 1.º—¡No que no! Como que daba unos gritos y unos puñetazos...

Teodoro.—¡Lo creo!

Guardia 1.º—Y cantaba coplas verdes, diciendo «¡Anda, que te den! ¡que te den!» Y su señora decía que el «Edén»... que el «Edén»...

Teodoro.—Sí... diría... que le den antistérico... ó unas friegas...

Guardia 1.º—No, señor; que el «Edén» tenía la culpa de todo.

Teodoro.—¡Ah, ya! Y cuando le dió el ataque...

Guardia 1.º—Pa mí, que lo que le dió fué un «esceso de imaginación dental».

Teodoro.—Sí, eso sería... Y ¿no sabe usted más?

Guardia 1.º—No, señor. Ahora parece que se ha sosegao, porque está ahí, y no rechista...

Teodoro.—Bien, bien; siga usted... paseándose, que yo esperaré aquí al señor Inspector.

Guardia 1.º—A la orden. (Mutis foro.)

Teodoro.—¡Pobre Eduardo! Está aquí... no se ve nada... y yo no me atrevo a en-

trar, porque si efectivamente está loco... puede que al verme... (Después de mirar y oir por el ojo de la cerradura.)

ESCENA VIII

Dicho, GUARDIA 1.º, PEPITA y PACO, foro derecha

Guardia 1.º—Pasen ustedes y tomen asiento; el señor Inspector vendrá pronto.

Pepita.—Caballero...

Teodoro.—Servidor.

Paco.—¿Usted... podría decirnos... sabe usted algo de la detención del señor Timoneda?

Teodoro.—Sí, señor; soy pariente suyo...

Pepita.—Y ¿es cierto que se ha vuelto loco?

Teodoro.—Así parece...

Paco.—Y ¿es verdad que ha sido él quien ha robado la caja del «Edén»?

Teodoro.—Yo, en su cabal juicio, nunca lo hubiera creído... pero estando loco... quizá.

Pepita.—¿Y sabe usted si ha venido a verle o vendrá su primo Teodoro?

Teodoro.—Está usted hablando con él, señorita; soy yo.

Paco.—¿Usted? ¡Ca!

Teodoro.—¿Cómo?

Paco.—Su primo, es un señor calvo, con el que yo he hablado esta misma tarde en casa del señor Timoneda.

Teodoro.—No hay tal; ese individuo es un impostor. Mi señora me ha contado...

Paco.—¿Su señora?... ¿Pero no es usted viudo?

Teodoro.—(¡Y dale!) ¡No, señor!

Pepita.—¡Entonces... si usted es don Teodoro... el primo de... usted es mi padre!

Teodoro.—(¡Atiza! ¡la hija!) ¿Usted es la novia del peluquero?

Pepita.—Servidora de usted.

Paco.—Servidor de usted. Pero... usted dispense... porque en ese caso... Pepita... siendo usted casado... ¿Cuánto tiempo hace que se casó usted?

Teodoro.—Veintiséis años.

Pepita.—¡Entonces... yo tengo veintidós... luego su esposa de usted es mi madre!

Teodoro.—¡No, no! Hagan ustedes el favor de no meter a mi señora en estos líos!

Paco.—Pero Pepita... recuerda que eres hija natural... que tu madre murió, según el mismo señor Timoneda, y el misterio con que te entregó el dinero, prueba que la esposa de tu padre no tenía la menor noticia de tu nacimiento.

Teodoro.—Oiga usted, joven... yo tampoco tengo parte alguna en la existencia de esta señorita.

Pepita.—¿Cómo que no? ¡Si yo soy Pepita Rizotto!

Teodoro.—¡Aunque sea usted Pepita Macarroni! Yo no he tenido jamás hijos de contrabando...

Paco.—Entonces esas tres mil pesetas...

Teodoro.—Yo no sé una palabra de todo eso; el único que, según parece, tiene la clave de este embrollo, es el Notario, señor Vega, porque como mi pobre primo ha perdido la razón...

Paco.—¡Ah! ¡Qué idea! Si será tu verdadero padre el mismo señor Timoneda...

y esa locura será fingida para evitar que su esposa y sus hijas...

Pepita.—Es posible... el empeño con que me exigió el secreto... la emoción con que me abrazaba...

Teodoro.—Tal vez tengan ustedes razón, pero... la cosa es tan grave...

Pepita.—¡Si yo pudiera verle... hablarle... tengo la seguridad de que la voz de la sangre... yo conseguiría arrancarle la verdad!

Paco.—¡De fijo que está...!

Teodoro.—¡Pues la ocasión no puede ser más oportuna! ¿Usted es reservado?

Paco.—Soy peluquero... y mi especialidad son las señoras... ¡con que no le digo a usted más! ¡El número de postizos y de tintes y de pelucas que yacen en secreto bajo mi conciencia!

Teodoro.—Perfectamente. Pues mi primo está aquí, en esa habitación, y si tuviéramos la suerte de pillarle en un momento de lucidez... es posible...

Paco.—Cierto; ahora que no hay nadie extraño...

Pepita.—Y con maña... y con cariño...

Teodoro.—Veamos. ¡Eduardo! (Da golpecitos en la segunda izquierda.)

Timoneda. — (Contestando con voz destemplada.) ¡¡Quién!! (Todos dan un salto a atrás.)

Teodoro.—¡Demonio!

Pepita.—A ver si mi voz... ¡Papá! (Hablando por el ojo de la cerradura. Los dos la contienen.)

Teodoro.—¡¡No!!

Paco.—¡Imprudente! (Lo mismo que ella.) ¡Don Eduardo!

(Abren la puerta y se retiran a la derecha temerosos.)

ESCENA IX

GUARDIA 2.º, dichos y TIMONEDA, que aparece en la puerta

Timoneda.—(¡Ella! ¡Ellos! ¡¡El cáos!!) (Aterrado al verlos, cierra de pronto la puerta. Todos se miran.)

Teodoro.—(Después de una pausa. Repitiendo el juego anterior.) ¡Eduardo... soy yo... tu primo!

Timoneda.—(Gritando desde dentro.) ¡¡No te conozco!! ¡Yo no conozco a nadie! ¡Yo no tengo ninguna hija!

Teodoro.—¡Está aquí el peluquero!

Timoneda.—¡Que se vaya! ¡Yo me afeito solo!

Guardia 2.º—(Por el foro izquierdo.) ¡Pero qué voces! ¿Quién grita de ese modo?

Teodoro.—Es mi pobre primo... que al vernos...

Guardia 2.º—¡Claro! Le habrán ustedes exaltao... tengan la bondad de no molestarle; siéntense ahí... y esperen.

ESCENA X

Dichos, INSPECTOR, foro derecha. Después GUARDIA 1.º, idem

Inspector.—Ya estoy de vuelta. ¿Ha ocurrido algo?

Guardia 2.º—Casi nada, yo he acudido porque oí unas voces...

Teodoro.—Verá usted, señor Inspector; estos jóvenes, son la hija de quien antes hablábamos y su novio el peluquero.

Inspector.—¡Hombre! ¡Me alegro muchísimo!

(Al Guardia, que se va.) Retírese usted. Ya iba yo a mandarlos buscar.

Paco.—Estábamos aquí, aclarando lo de la paternidad de Pepita, cuando apareció el señor Timoneda, y al vernos, se volvió a encerrar dando gritos...

Inspector.—Es claro... la presencia de esta joven... sin estar prevenido...

(A Teodoro, aparte.)

(Y si efectivamente es su hija...) Tengan ustedes la bondad de esperar en esa habitación, porque se impone un careo entre ustedes... y él, y yo veré si consigo preparar el terreno... prevenirle...

Pepita.—Como usted disponga.

Paco.—Aquí esperamos.

(Se van por la derecha.)

Inspector.—Señor Timoneda. (Llamando sin abrir la puerta.)

Timoneda.—(Dentro.) ¡Qué!

Inspector.—Soy yo; no hay nadie, puede usted salir.

Timoneda.—(Saliendo poco a poco y mirando a todos lados.) ¿Se han ido? ¿Y mis hijas? ¿Y el Notario?

Inspector.—Todos vendrán en seguida... pero antes...

Guardia 1.º — (Con una cartera de bolsillo en la mano.) Señor Inspector...

Inspector.—¿Qué ocurre?

Guardia 1.º—Acaba de llegar un vigilante a notificar que a la entrada de la calle nueva. un auto ha atropellado a un hombre. matándolo del todo. Ha dejado esta cartera que estaba al lado del cadáver, y se ha ido a dar parte

al juez, para que levante el auto del muerto.

Inspector.—Ah, ¿pero el auto era del muerto?

Guardia 1.º—Eso no lo sé.

Inspector.—Esta cartera hay que llevarla en seguida al Juzgado; pero antes sabremos por ella quién es el interfecto. ¡Caracoles! ¿Es posible? Entonces... se- señor Timoneda... ¿sabe usted quién es el muerto? (Después de leer papeles de la cartera.)

Timoneda.—¿Quién? ¿Mi primo Teodoro? ¿El peluquero?... ¿Mi yerno? (Con alegría.)

Inspector.—¡No... no es de su familia, pero quizá sea peor para usted... dada su situación... el muerto es el Notario don Pedro Vega!

Timoneda.—¡El! ¡El único que sabía toda la verdad! ¡Muerto! ¡Ah!

Teodoro.—(Saliendo rápidamente.) ¡Eduardo!

Paco.—(Lo mismo.) ¡Pobre señor!

Pepita.—(Lo mismo.) ¡Padre mío!

(Entre todos, sostienen a Timoneda que está desmayado y le colocan en una silla.)

ESCENA XI

Dichos, CLEMENTINA, FANNY, PAULINA y GUARDIA 1.º, desde el foro, conteniéndolas

Clementina.—¿Se puede?

Guardia 2.º—Señoras, en esté momento no es posible.

Fanny.—Somos sus hijas.

Clementina.—Y yo, su esposa.

Guardia 1.º—Entonces...

(Entran las tres.)

Inspector.—Señora... su esposo de usted...
Paulina.—¡Cielos! ¡Papá!
Fanny.—¡Desmayado!
Clementina.—¡Eduardo!

(Las tres pasan a ocupar el lugar de los otros tres.)

Timoneda.—(Volviendo en sí.) ¡Horrible! ¡Espantoso!
Clementina.—¿Ustedes aquí? Y esta joven... será tal vez...
Paco.—Mi novia.
Pepita.—Pepita Rizotto.
Clementina.—¡Ah, sí!... ¡esa hija... que no es hija de nadie! Esa a quien mi marido...
Fanny.—¡Mamá! ¡Por Dios!
Teodoro.—Tenga usted en cuenta que mi pobre primo...
Clementina.—Un pobre que regala 3,000 pesetas...
Timoneda.—¡Ea! ¡Basta! vais a saber toda la verdad! Yo no tengo ninguna hija!
Paulina.—¡Papá!
Fanny.—¿Pues y nosotras?
Clementina.—¡Eduardo no me ofendas!
Timoneda.—¡Digo que no tengo ninguna hija natural! ¡La caja del «Eden» no ha sido robada! Todo ese dinero es mío, pero no procede de ningún robo, sino de...
Clementina.—¿Otra farsa?
Timoneda.—¡No! Sabedlo de una vez, el empresario, el dueño de ese maldito «Eden» soy yo.
Pepa.— } ¿El?
Paco.— }
Fanny.— } ¿Tú?
Paulina.— }
Clementina.—¡Ahora si creo que está completamente loco!

Teodoro.—Puede que diga la verdad; si el notario lo confirma...

Inspector.—Desgraciadamente eso no es posible; porque el Sr. Vega acaba de ser aplastado por un automóvil.

Teodoro.—¡Cómo!

Paulina.—¿Qué dice usted?

Clementina.—Pero...

Timoneda.—¡Estoy perdido!

Fanny.—¡Qué desgracia!

Pepita.—¡¡Pobre papá!! (Mirada de todos.)

Clementina.—(Señor Inspector... usted comprenderá que estando aquí mis hijas... esa joven...)

Inspector.—(Cierto. La situación es muy violenta). Bien; retírense ustedes y déjenme solo con la familia de este caballero. Vengan mañana de nueve a diez, para declarar.

Paco.—A sus órdenes.

Pepita.—(A Paco.) ¿No nos despedimos de papá?

Paco.—(Me parece expuesto; con una reverencia, basta).

Los dos.—Señores... (Saludando.)

Pepita.—(Al salir por el foro, del brazo de Paco.) (¡Qué desgracia! ¡Tener padre y... como si no.)

ESCENA XII

Dichos, menos PEPITA y PACO. Después el GUARDIA 2.º y luego el NOTARIO

Timoneda.—Estoy pagando culpas ajenas. El notario fué el que sustrajo la caja.

La Familia.—¿El notario?

Inspector.—No está mal urdida la trama; pero las pruebas son aplastantes.

Timoneda.—(Aparte.) ¡Así te aplaste un avión!

Guardia 2.º—(Con una tarjeta.) Señor inspector... este sujeto desea ver a usted en seguida.

Inspector.—¿A ver? ¡Cómo! ¿Es posible? (Leyendo la tarjeta.) «Pedro Vega, Notario.»

Timoneda.—¡Vega!

Fanny.—
Paulina.— } ¡El!

Clementina.—(Al Inspector.) ¿Pues no decía usted?...

Inspector.—(Al Guardia.) ¡Que pase inmediatamente! No comprendo... Entonces esta cartera...

(Aparece el Notario por el fondo, introducido por el Guardia 2.º)

Timoneda.—¡Sí, es él!

Todos.—¡Es él!

Notario.—¡Ah, ustedes aquí!

Inspector.—¿Pero no ha sido usted atropellado y muerto por un automóvil?

Notario.—¡Indudablemente que no! Ya me han enterado los guardias...

Timoneda.—(Abrazándole.) ¡Vega de mi alma! Tú eres mi tabla de salvación...

Notario.—¿Han venido ustedes a comprobar la falsa noticia?

Inspector.—¿No ha recibido los dos avisos urgentes que le he mandado?

Notario.—No señor; no he vuelto aún a mi casa.

Inspector.—Pero ¿cómo se explica que se haya encontrado esta cartera de usted, junto al cadáver del sujeto atropellado?

Notario.—No sé... Yo tomé el tranvía del Arra-

bal, a eso de las ocho, para practicar una diligencia urgentísima; al apearme, noté la falta de la cartera; se conoce que el ladrón, una vez cometido el robo, se tiró precipitadamente del tranvía, siendo arrollado por el auto: es la única explicación...

Teodoro.—Nada más lógico...

Timoneda.—El muerto es el ladrón.

Clementina.—Indudablemente.

Notario.—Ignorando el atropello, venía a denunciar el robo de mi cartera...

Timoneda.—¡Pues habla, habla! ¿Es cierto que me ha caído una herencia?

Notario.—(Aparte.) ¡Demonio! Esa Pepa Rizotto, que acabo de ver salir de aquí, se habrá ido de la lengua... Es la única que está en el secreto.

Timoneda.—¡Vamos, contesta!

Notario.— (Aparte.) Querrá que yo repare la indiscreción de la florista.

Timoneda.—¡Habla!

Notario.—No sé a qué te refieres.

Timoneda.—A la herencia de mi tío.

Notario.—¡Qué locura!

Timoneda.—¡Cómo!

Notario.—Que yo sepa, no has heredado nada.

Timoneda.—¡Pedro, habla claro!

Notario.—¿Más claro?...

(Timoneda se desespera.)

Clementina.—¿No ha heredado el Edén Teatro?

Notario.—¿Pero qué historia es esa?...

Timoneda.— (Aparte.) ¿Se habrá vuelto loco?

Inspector.—(Al Notario.) ¿Usted tiene noticia de la desaparición de la caja del Edén?

Notario.—(Aparte.) ¡Caramba! ¡También saben eso!
Timoneda.—¡Dilo todo!
Notario.—¿Y qué voy a decir si nada sé?
Inspector.—Ya me lo figuraba.

ESCENA XIII

Dichos, AYUSO y ERNESTO, por el foro, introducidos por un Guardia. Se quedan en segundo término sin ser vistos

Inspector.—Que se lo lleven al calabozo.
Notario.—¿A quién?
Inspector.—A este señor. Está acusado de la incautación de una herencia y del robo de la caja de caudales del Edén.
Notario.—¡Este hombre es inocente!
Inspector.—¿Y usted qué sabe? ¿No acaba de afirmar que lo ignora todo?
Notario.—Chico, ¿quieres que hable?
Timoneda.—¡Pero si hace una hora que te lo estoy pidiendo!
Notario.—Creí que me pedías lo contrario, según habíamos convenido. Señores, el que se apoderó de la caja del Edén fuí yo.
Todos.—¡Usted!

(Ayuso y Ernesto siguen observando; reflejándose en la expresión y actitudes de ambos sus impresiones.)

Timoneda.—¡Eh! ¿Qué tal?
Notario.—Yo soy el administrador del Edén, desde hace un mes, por fallecimiento del dueño.
Timoneda.—Y yo soy heredero universal del dueño del Edén.
Familia.—¡Tú!

Los demás.—¡Usted!

Notario.—Hallé la caja abandonada en una silla de la contaduría y quise darle una lección al cajero.

Timoneda.—Y como yo soy el dueño, me la trajo a mí.

Clementina.—¡Pero esa hija natural y esas tres mil pesetas?

Notario.—Es un legado del antiguo dueño.

Voces.—¡Ah! ¡Ya!...

Inspector.—Caballero, dispense usted la... la...

Timoneda.—La plancha.

Inspector.—¡Cómo me van a poner los periódicos!

Ayuso.— (Adelantándose con Ernesto.) Señor notario.

Familia.—¡Ah!

Ayuso.—En su casa nos han dicho que le habían llamado con urgencia y habíamos venido a ver que ocurría.

Paulina.—¡Ernesto!

Ernesto.—¡Paulina!

Notario.—Gracias por el interés.

Ayuso.—Señor Timoneda, un error ha sido la causa de todo.

Timoneda.—Un error... y el género poco edificante que se cultva en el Molino Verde.

Ayuso.—De usted depende que se le dé más noble destino. El señor notario habrá dicho a usted que soy comprador de ese local y de la concesión del salto de agua por cuenta de la «Electric Society», que instalará en su sitio una fábrica de flúido y material eléctricos.

Timoneda.—Si en el justiprecio se tienen en cuenta los actuales beneficios...

Ayuso.—El éxito de esa clase de negocios es muy aleatorio; dan brillantes resul-

tados en un momento de boga, que suelen acabar en humo como los fuegos artificiales. Sin embargo, no dejaremos de tener en cuenta los beneficios.

Timoneda.—Entonces, entiéndase usted con el notario.

Notario.—Ya estamos de acuerdo. Y como el señor Ayuso tiene la seguridad de que la fábrica dará grandes rendimientos, invierte en ella parte de su capital, y cree asegurar el bienestar de los novios con las acciones que piensa transferirles como regalo de boda.

Ernesto.—¡Gracias, papá!

Paulina.—¡Oh, gracias!

Clementina.—¡Qué bueno es usted!

Timoneda.— (Abrazándole). ¡Qué magnánimo!

Clementina.—Gracias a usted, volverá a reinar la paz en mi casa.

Timoneda.—Y yo seguiré gozando de la pública estimación como director de «El Apostolado del buen ejemplo!»

Paulina.—Sin secretaria, papá.

Timoneda.—Cierto; ahora vas a tener otras ocupaciones con tu marido.

(Cuadro. Cae el telón.)

FIN

NOVELAS POPULARE

á dos reales tomo